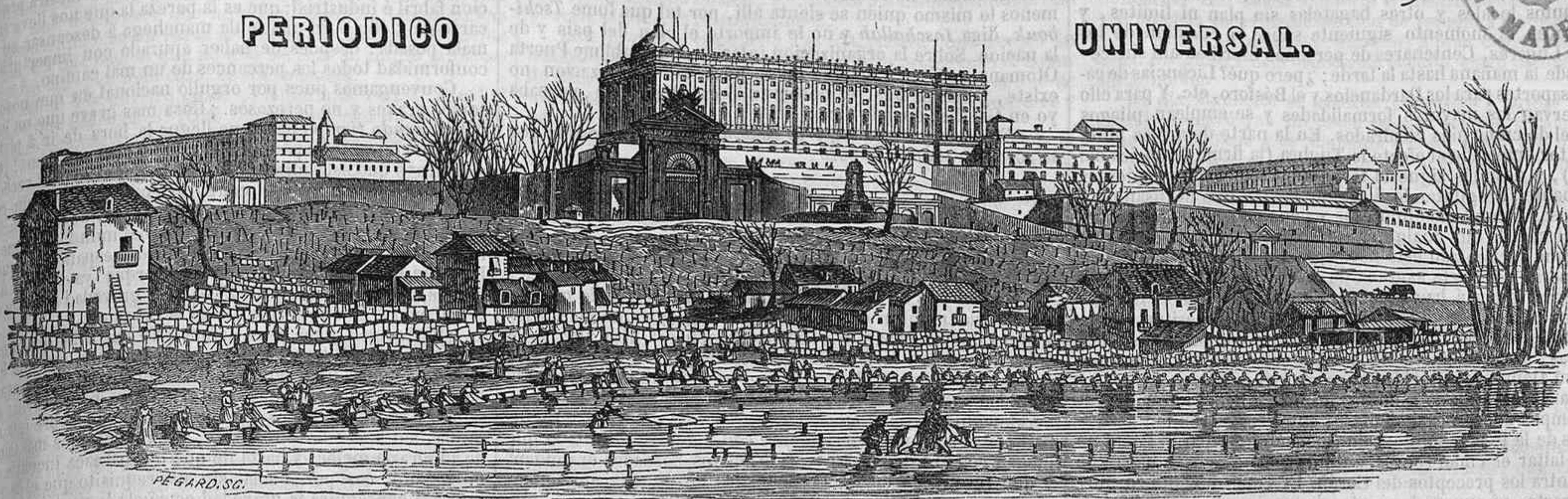


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 229.—SÁBADO 16 DE JULIO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

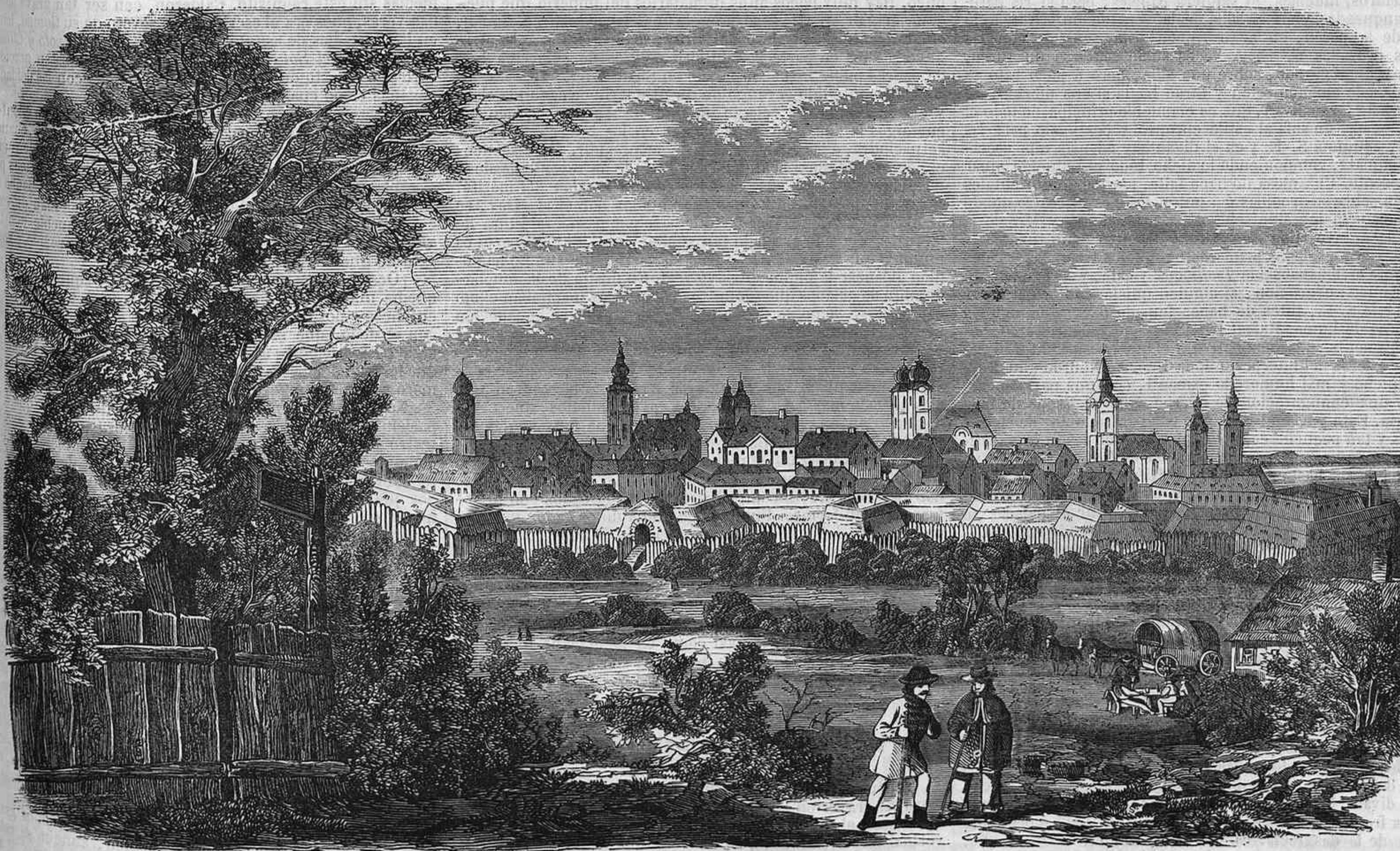
LA PUERTA OTOMANA EN CONSTANTINOPLA.

Al lado de la iglesia de Santa Sofía hay un estenso edificio construido en parte de piedras, en parte de madera, y de cuarterones de Fossati con espaciosos patios y rodeado de altas paredes maestras. Este edificio es la Puerta Otomana, (en turco Bab-i-alié). El nombre no tiene nada de comun con la puerta bastante alta de entrada en el primer patio del serrallo (palacio del Sultan), y debe referirse á una muy antigua costumbre, conforme á la cual los reyes y jueces celebraban sus sesiones y administraban la justicia debajo de los pórticos de sus palacios. A lo menos en la actualidad tienen las palabras *puerta*, *corte de justicia*, *servicio de la justicia*, y tambien *servicio*, una significacion bastante idéntica, y frecuentemente se oye la expresion de *he encontrado una puerta*, para decir, *he obtenido un empleo, una colocacion*. Sirva esto de rectificacion á los datos de muchos *turistas*.

El interior de este edificio es un enredo sin plan, de pasadizos, escaleras, salones, cuartos, rincones, donde es sumamente fácil perderse. La entrada desde el lado del puerto, respectivamente de Pera, es la que los embajadores extranjeros tienen que pasar cuando quieren hacer aquí alguna visita, y caracteriza completamente á los turcos en su desorden y en su falta de pundonor y decencia. Después de haber atravesado con dificultad por entre coches y caballos, se pasa un estrecho corredor adornado de viejas cajas, arcas y calnes pequeños y cameros; aquí se limpian botas y arneses, prescindiendo de los olores entremezclados y procedentes de

ciertas localidades inmediatas, *sit venia verbo*. Después se vuelve á bajar una escalera que da á un patio, el cual se atraviesa igualmente que un arco, y se entra de nuevo en un patio, donde por fin se llega al sitio donde S. E. el ministro de negocios extranjeros da audiencia. En la entrada se dejan los zapatos ó chanclos, una conocida costumbre de los orientales en prueba de su respeto y humildad; pero lo que nunca levantan ó quitan es el gorro, ni aun delante de Dios y el Padischa. Pero los embajadores extranjeros hacen poco caso de esta costumbre, pues no llevan chanclos y se quitan el sombrero con gran disgusto y admiracion de los turcos. Las escaleras y los pasillos se hallan todos cubiertos de estereras, las puertas cerradas con tapices caidos, los suelos de los aposentos cubiertos de alfombras, que á veces estan rotas y desteñidas, los almohadones del divan comidos de la polilla, los espejos desconchados, los cristales de las ventanas rotos, en una palabra, todo lo exterior de la Puerta Otomana es un fiel retrato de decadencia, y de la debilidad del imperio otomano tan temido en otro tiempo. En estas escaleras y pasadizos se mueve un público muy variado; soldados de centinela ó de guardia andan en medias ó tambien en piés desnudos, teniendo los zapatos en los huecos de las ventanas; delante de cada escribiente se cuadran los centinelas y ponen el fusil al hombro; coches van y vienen corriendo; cada puerta se halla asediada por una cantidad de criados ociosos. Pero no, me equivoco, es preciso ser justo; el uno es el que carga la pipa, el otro cuida del tabaco, un tercero tiene á su cargo el fuego, un cuarto el café, un quinto el azúcar, etc. Esta gente entiende mucho mejor la distribucion del trabajo que nuestros teóricos modernos. Estos criados de los bajás y grandes son tambien

la primera fuente donde se surten los corresponsales de los periódicos; pues, en vista de que entran de continuo en el aposento con motivo de sus funciones, recojen algunas frases de la conversacion y las comunican, pero por supuesto á buen precio. Hay no obstante embajadores que no sufren la presencia de estos criados durante las negociaciones. Tampoco en tiempo de Reschid Bajá, Ali Bajá y Fuad Effendi pudieron los espías hacer negocio, pues estos ministros hablan bien el francés y la conversacion se seguia en este idioma. Pero además de estos criados se acurrucan á lo largo de las paredes una cantidad de figuras interesantísimas que tal vez del interior de la Anatolia han venido con una solicitud; pero nadie les pregunta lo que quieren, y allí están sentadas con un estoicismo verdaderamente mahometano durante semanas, un dia después de otro. *Alha Kerim!* Por lo demás, es preciso compadecerse de todo el que se presenta como suplicante; el bajá le escucha y dice: *Bakaloun* (veremos); pero no toma ninguna apuntacion y ha olvidado todo por la noche, después de haber repetido á centenares de ellos durante el dia el *Bakaloun*. Aquí no se sabe lo que es registro ni expediente. Los papeles, aun los mas necesarios, se echan en la manga del caf tan ó en un almohadon vacío del divan; otros se ensartan en un hilo y se cuelgan á la pared: pero si estan despachados, se les empaqueta en sacos. Si por casualidad se necesitase uno de los papeles que estan ya en el saco, se le vierte en el suelo, uno de los effendis se arrodilla y busca hasta que no encuentre nada. ¡Qué horror para nuestros hombres burocráticos! Es por lo general muy rara la vez que un asunto cualquiera se acabe en toda regla en las oficinas de la Puerta, lo cual, prescindiendo de la falta de lógica, orden y pundonor



Vista de Temeswar.

que distingue á los turcos, se funda mas bien y tal vez principalmente en que todo el sistema de las oficinas está sin plan, arreglo ni impulso. La Puerta, que debía ser la verdadera oficina central del imperio, se ocupa, v. g. actualmente en asuntos locales y otras bagatelas sin plan ni límites, y delibera en el momento siguiente sobre la cuestion de los Santos Lugares. Centenares de personas escriben allí sin cesar desde la mañana hasta la tarde; ¿pero qué? Licencias de cazar, pasaportes para los Dardanelos y el Bósforo, etc. Y para ello se observan las mayores formalidades y se emplean pliegos de papel de cinco piés cuadrados. En la parte de arriba pinta un pintor empleado al efecto la Tughra (la firma ó rubrica del Sultan), y después sigue el texto sumamente ceremonioso y retumbante. Preguntando á esta gente por qué no usan para estas cosas formularios impresos y llenan después únicamente los claros, lo que cualquier escribiente podría hacer, contestan que encuentran esto poco correspondiente á la dignidad del imperio y del arte sagrada de la escritura. Solo para poder juzgar vamos á hacer notar, que únicamente el Bósforo pasan anualmente 10,000 buques, que todos necesitan un semejante ejemplar de caligrafía turca, no contando los miles de guías, pasaportes, certificados de posesion etc., con que gasta su tiempo la autoridad suprema del país.

Cuando se trata de asuntos de importancia, lo que en estos tiempos sucede casi siempre, entonces se reúnen los ministros de la Puerta en consejo (medschilis), para el cual no puede faltar el Yman (cura), á fin de que no se haga nada que sea contra los preceptos del Corán. El Yman no falta en ninguna parte, ni aun en las juntas de marina, guerra y hacienda. Cuando hay consejo de ministros, descansan los trabajos, como es natural; el viernes, día de fiesta de precepto, está también cerrada la Puerta; el domingo lo celebran con los cristianos, pero no por simpatía, sino por pereza. A esto se agrega una cantidad de otros días de fiesta con cualquier motivo frívolo, v. g. cuando en el arsenal se bota al agua un buque, cuando se licencian algunos soldados, cuando se quema papel del Estado; este último caso sucede con mucha frecuencia, pues el ministro de Hacienda llena las bajas siempre con nuevo papel; á lo menos de este modo se engaña al pueblo que cree que el papel disminuye. Tantos días de fiesta retardan mucho el despacho de los negocios. Pero cuando no hay día de fiesta, la Puerta lo mas que está abierta es desde las once hasta las cinco, de cuyo tiempo se ocupa aun alguno en lavarse y rezar. El tchibouk (pipa turca) no se enfria nunca; todo el mundo fuma desde el gran Visir hasta el último portero; ¿y cuáles serian las resoluciones que tomara el consejo de Estado, si no se podía fumar? Prívase al turco del tabaco, y se desplomará el imperio.

Para una visita al gran Visir ó al ministro de negocios extranjeros se necesita poco mas ó menos dar los pasos siguientes: Sobre todo es preciso armarse de paciencia y resignacion. Después de haber bajado el cerro de Pera sin resbalar, pasado el puente de barcas sobre el cuerno de oro sin que se rompiera una tabla podrida, y subido sin aliento hasta Santa Sofía, entonces tendrá un tiempo de descansar en el salon de espera del señor ministro. Allí hallará empleados de las embajadas, dragomanes, que también estan esperando ya horas enteras y se pasan el tiempo charlando y fumando cigarrillos. De cuando en cuando suele entrar un turco que se pone á rezar con la mayor ostentacion en medio de los franceses. Por lo demás, este aposento solo está destinado para huéspedes de distincion, y sirve frecuentemente de sala de audiencia. Al fin se oye decir: *Bujurum effedim!* (Sirvanse VV., señores.) Se levanta el destendido y rasgado tapiz y se entra en un aposento sumamente sencillo, sin tapices, espejos, cuadros, muebles, ni siquiera papeles; pero sí las paredes blanqueadas y en el lado de la ventana un diván á lo largo de la pared, en cuyo rincón está sentado con las piernas cruzadas S. E. A veces suele sentarse un turco, que ha visto el mundo, sobre una silla, pero á poco rato se cansa de esta emancipacion y atrae hacia sí sus piernas. Al lado de este largo diván, que es el mueble principal de todo el aposento, hay un sofá al estilo europeo y destinado para las visitas, y junto á S. E. y en el diván hay además una escribanía de plata, componiendo lo dicho todo el reducido ajuar del aposento. Una mesa no hace falta, porque los orientales escriben sobre sus rodillas ó á pulso. Este es el teatro donde juegan el príncipe Mentchikoff, lord Redcliffe y Mr. de la Cour, la gran partida de ajedrez, de cuyo éxito tiembla la Europa. Después de los primeros cumplidos traen los criados al instante el indispensable *Tschibouk* y café, y sería una gran falta de buena educacion, si alguien quisiera informarse por la salud de S. E., antes de haber fumado ó echado algunas bocanadas de humo. Rifaat Bajá, un viejo y alegre turco, habla únicamente su idioma nativo, y el que no sepa el turco tiene que valerse del intérprete de la Puerta, Noured-din Bey, un pequeño y mal humorado osmanli, con una nariz encarnada y una configuracion de cuerpo como el Esopo de feliz memoria. Este y Kíamil Bey, que es el introductor de embajadores y tan pequeño como el anterior, son los únicos testigos en las audiencias solemnes que da el Padischak, lo cual dicen ha de ser bastante cómico. Si Rifaat Bajá quiere obsequiar en grande á sus huéspedes, entonces manda servir también sorbetes; pero estos no pueden convenir al paladar de los franceses. Después de esto se despiden, habiendo antes tenido á la demanda, que quizás estaba encargada de hacer, á mas de la ya mencionada contestacion de *Bakaloum*, aun un *Inshallah* (si Dios quiere) ó semejantes frases, en que la palabra *Allah* se declina, si es posible, en todos sus casos. Si es un despacho el que se tiene tal vez que entregar, entonces pasa al almohadon del diván y desde allí á los sacos, para ser olvidado aquí. No hay que pensar en una contestacion, pero en cambio le prodigan á uno con promesas y cumplidos. Para con sus empleados es el Bajá muy severo; los despachos los tira al suelo después de haberlos leído, donde los debe recoger humildemente el subsecretario de estado (moustechar). Todo el mundo tiene que hacer un profundo *Selam* (reverencia) delante de él; los criados le besan hasta los pies ó el borde de su traje. Así gobierna soberanamente en el rincón de su diván, hasta que el mal humor del Pachischak ó una intriga fraguada contra él le manden bajar de allí y principie el día de la desgracia. Entonces se nombra á otro, que, Dios sabe por qué intrigas, ha sabido lograr este empleo; que tenga ó no talento ó capacidad para ello, esto es lo

que nadie pregunta: las altas dignidades del estado no son sino prebendas de poca duracion, que se trata de explotar en todo lo posible. El uno baja del diván y el otro sube á él; una entrega formal no se hace. Bien considerado, es poco mas ó menos lo mismo quien se sienta allí, por tal que fume *Tschibouk*, diga *Inshallah* y no le importe el bien del país y de la nacion. Sobre la organizacion interior de la Sublime Puerta Otomana no puede decirse mas, pues tal organizacion no existe, y mas de una vez observando esta Babilonia, pensaba yo en Goethe, cuando dice:

«El bueno y santo imperio romano, ¿cómo es posible que se sostenga tanto tiempo?»

UNA VISITA A CANTON.

(Conclusion.)

El virey nos recibió con las mayores muestras de política china, que imitaron uno después de otro los numerosos mandarines que rodeaban al gobernador general. Hay una gran diferencia entre la familiaridad oficiosa y la desvergonzada curiosidad de los empleados chinos en esta negociacion, y la dignidad natural y el tranquilo retraimiento que se nota generalmente entre los empleados turcos. Es una cosa muy difícil tratar solemnemente y seriamente con hombres de estado que juegan con el forro de tu vestido, cuyos bordados examinan, y que reconocen en las credenciales de un enviado únicamente un pergamino cubierto de figuras particulares, que para su examen se entregan inmediatamente á una clase de empleados subalternos que en China se hallan presentes en todas las conferencias secretas. El virey que, dicha sea la verdad, tomó en union de los circunstanciales mandarines subalternos en su trato oficial un aspecto algo formal, era un hombre de á lo menos sesenta años. Su tiesa estatura y firme paso parecian prometerle una larga y robusta vida, y á pesar de los pliegues femeniles de su largo caftan chino era fácil reconocer al intrépido tártaro que en sus mocedades habia asistido á la lucha con los tigres y osos en los bosques de la Mandchuria. En otro concepto no correspondió la fisonomía del virey á nuestras esperanzas, pues espresaba en lo general la sencillez y política, pero sin otra señal de cualquier don superior de inteligencia; tampoco era fácil reconocer en su mirada apagada y llena de indiferencia la capacidad política de que dió tantas pruebas durante su gobierno en 1842, como también en las críticas circunstancias, hijas del tratado de Nanking. Aunque perteneciente á la familia imperial debió no obstante como el chino mas inferior á sus méritos personales el haberse elevado á la alta categoría que ocupaba en el imperio. Rara vez se encargan en la China los empleos públicos á los parientes del emperador. La mayor parte de estos príncipes, cuyo número ha crecido mucho en los dos últimos siglos, vejetan en la ociosidad y frecuentemente en la miseria, y no tienen otros recursos que la mezquina pensión asignada. Todo el mundo en China debe su posicion y suerte á su propio talento ó al favor imperial; la significacion de la palabra *parvenu* es desconocida de los chinos. Hay á la verdad en el imperio celeste aun títulos de nobleza hereditaria, pero estos decaen paulatinamente con cada generacion, y se han estinguido á la quinta generacion; además estos títulos no gozan de ningunos privilegios. Los individuos de la familia imperial no tienen mas influencia en los asuntos del estado que cualquiera particular rico, los cuales adquieren el boton y la categoría de un mandarín por medio de sus contribuciones voluntarias para el tesoro público. Hay muy pocos altos dignatarios del imperio que puedan vanagloriarse de descender de una elevada estirpe. Houan, el confidente y consejero del virey, á cuya influencia atribuye la fama en parte la habilidad política de este, era hijo de padres pobres y habia nacido en Shan-tong.

Habia obtenido el rango de un mandarín de segunda clase y era individuo del colegio imperial de Han-lin, cuando sus enemigos le acusaron de venalidad en los interrogatorios y actuaciones, á las cuales era su deber presidir. A consecuencia de una primera sentencia fué lanzado de repente desde la cúspide de su categoría hasta el último escalon del mérito. En el tiempo en que fuimos presentados por él al virey, se afanaba Houan de volver á subir paso por paso á la altura de la cual habia sido arrojado tan súbitamente. El boton azul es lo único que hasta ahora adorna su gorra, que aun no ha podido alcanzar la pluma de pavo real. En medio de la muchedumbre de criados que acompañaban al virey inspiraban el ojo espresivo y la noble fisonomía de su consejero encanecido una fuerte simpatía.

En la China no se celebra ninguna negociacion diplomática sin su correspondiente banquete. Nos esperaba por consiguiente también una comida de treinta cubiertos en una sala situada mas baja, que por los rayos oblicuos, que caian de arriba en un patio interior, no se hallaba muy ventajosamente alumbrada. Confortablemente envueltos en sus abrigo-doras levitas forradas de pieles desafiaban los mandarines á la fria y húmeda temperatura, contra la cual nosotros nos hallábamos solo muy incompletamente resguardados con nuestros finos uniformes. Una comida china no es ya ninguna novedad; pero debemos añadir sin perjuicio de nuestra memoria y agradecimiento respetuosos, que es para un estómago europeo siempre un asunto embarazosísimo.

La misma muestra de atencion con que fuimos recibidos á nuestra llegada, nos acompañó igualmente hasta la barca, y el mismo virey esperó hasta que nos habia visto embarcados. El reflujo nos favoreció, así como en la mañana nos habia favorecido el flujo, y antes de ponerse el sol habíamos llegado ya á las factorías.

NUESTRAS PASIONES DRAMATICAS.

Tenemos los españoles reputacion de hombres graves en Europa: graves en el decir, en el andar, en la mesa, en la visita y en el teatro. Nuestra gravedad se ha hecho tan proverbial en el mundo, que sirve de punto de comparacion para esplicar todo lo que se hace muy despacio ó no acaba de hacerse nunca. Yo no quisiera que se desengañasen los es-

trangeros de que lo que llaman gravedad, con tan benévola cortesía, es pereza, porque entonces podrian creer que es la pereza la que tiene baldía una gran parte de nuestros fértiles campos; que es la pereza la que hace escasa nuestra produccion fabril é industrial; que es la pereza la que nos lleva en una mala posada, después de haber apurado con imperturbable conformidad todos los perances de un mal camino.

Convengamos pues por orgullo nacional en que nosotros somos graves y no perezosos. ¡Cosa mas grave que un español haciendo tiempo para que llegue la hora de ir á platicar mas grave que este mismo español que convierte el verbo ser en el verbo estar, y está contento con su suerte sin aprender ni sentir los adelantos de las artes, de las ciencias y todos los progresos de la civilizacion del mundo! Yo me admiro al considerar la proverbial gravedad española de que mi hermosa patria no sea un paraíso, porque ya puestos á ser graves, podíamos los españoles tener la gravedad de Adán contemplando á Eva el sétimo día de la creacion.

¡El tiempo! ¿Qué es el tiempo? Ya que Dios ha formado esta máquina del hombre de manera que una vez que le da cuerda como á un reloj, todos sus pulsos laten por espacio de setenta y ochenta años, maravilla para hacer cavilar á un hombre grave, dejemos que los años pasen sobre esta máquina, sin hacer nosotros nada, y así tendremos mas tiempo de admirarla mejor, y hasta de que nos parezca increíble que dure tanto, casi por sí sola, sin mas requisito que el de yantar. Así conseguirá la gravedad española la ventaja de apreciar la vida de un modo diferente que las demás naciones: pues aunque desde Hipócrates todos los pueblos han dicho que el arte es largo y la vida es breve, nosotros podremos decir que el arte es breve, sumamente breve, y la vida es la cosa mas larga y mas inacabable del universo.

El arte es breve, le decía el vulgo á Lope de Vega; escribe una comedia en veinticuatro horas. El arte es breve, le decía el vulgo á Moreto: escribe los siete durmientes y te aplaudiré los mas insignes disparates. El arte es breve, escribe, Comella; no des paz á la lengua castellana, ni al sentido comun: me basta un rasgo falso, una batalla campal, un trozo lírico lleno de relumbrones. Y allá iban, todas juntas, las buenas y las malas creaciones, aquellas hijas del genio patrio, que es grande cuando es activo, y estotras, hijas del vulgo, mas que de sus propios autores.

Si en el siglo de oro de nuestra literatura un hombre profundo en el conocimiento de las letras humanas hubiese tratado contra el vulgo porque este afeaba con su pernicioso influencia las obras que habian de servir de norma en casi todos los teatros de Europa, no hubiera faltado un español que le dijese con toda la gravedad posible: «todo eso que decís será verdad, pero yo quiero divertirme: para eso me cuesta mi dinero.»

Convengamos pues, por orgullo nacional, en que somos naturalmente graves, aunque á la verdad en el teatro tomaríamos mejor reír que llorar, á cuya propension se debe desde tiempos muy atrás la presencia del bufon ó gracioso hasta en los dramas trágicos de nuestro teatro antiguo. Yo creo que Cervantes, aun siendo novelista, por si la gravedad de Don Quijote era gravedad, inventó á Sancho, depositario fiel de todas las prosas y refranes que hacen reír á los españoles. Y en cuanto á Lope y Calderon que escribían frecuentemente dramas con el nombre de comedias, porque otro no era entonces conocido, insistían de tal modo en lo del gracioso, Ginés, Clarín, Lelio, Libio, Morlaco, Luquete y Juanete, que apenas registrando sus abultadas colecciones se encontrarán veinte comedias sin este requisito. Calderon, con ser tan grave de todas veras, pues era el escritor mas severo de su tiempo, hasta en las comedias de asunto mitológico, como *Apolo y Clime-ne*, *El hijo del Sol* y otras muchas, presentaba su gracioso cortado al gusto de la época chanceándose con las deidades paganas como cualquier hijo de vecino.

Los graves españoles nuestros antepasados pedían cuentos de risa y mas risa á nuestros progenitores dramáticos, cuando en el vecino reino de Francia otro rey, escritor también, ambicioso y de las proporciones de un César, brillaba mas por el esplendor de su espada que por el de su pluma: cuando en Alemania, Italia y Flandes las armas españolas iban de victoria; cuando se perdía Portugal, ese gran pueblo que tan gloriosamente ha enseñado al mundo el sello atrevido y energético de nuestra raza.

¡Ocasión mas oportuna para reír que aquella en que se quemaba nuestra casa! Yo pienso reirme por todo, por lo de entonces y por lo de ahora, porque no quiero que me señalen con el dedo, que es cabalmente el mismo temor que en el siglo pasado acosaba á Jovellanos cuando le decía á Valerietín que los que defendían el mal gusto del vulgo eran mas en número y estaban muy bien hallados con él.

No sea yo sin embargo tan tentado de la risa que á las pasiones dramáticas empleadas en la formacion de nuestro teatro nacional les niegue el nombre de nobilísimas: no se concibe el amor de la muger con formas mas delicadas que lo imaginaba Lope: no hay caballeros en el mundo mas cumplidos que los de Calderon: la piedad filial, el sentimiento de honor en su último extremo, hasta el heroísmo y hasta la barbarie, la hospitalidad mas leal, la mas acrisolada sinceridad en los afectos, todo en fin cuanto se sabe de la virtud del honor y de la fe se encuentra embellecido en aquellas obras inmortales. Pero sin duda aquella generacion vivió de la tradicion de otras anteriores, y era aquella en gran parte la poesia de los recuerdos de Carlos V y el legado de la edad media: los recuerdos, sin embargo, no bastaban para satisfacer al público, y por eso el mayor número de nuestros graves antecesores pedía cosas de risa, como lo atestiguan las quejas mismas de todos los grandes poetas de aquel tiempo, y yo he dado en la flor de sospechar que entonces nos reímos nosotros en el alma de nuestros graves, jocosos y divertidísimos abuelos, lo cual explica que hayamos venido al mundo con el gusto á las pasiones dramáticas mas entreveradas, con las inclinaciones artísticas mas veleidosas y vertiginosas de que han hablado los humanos.

Por supuesto, seguimos siempre siendo aquellos graves españoles que se quedan donde los ponen, aunque se este mezca el universo. Seguimos creyendo siempre que el arte es breve, mas breve que el que se espide desde la silla ponti-

ficia, y á pesar de nuestra gravedad proverbial nos ha acometido una tentacion de risa tan universal y tan sostenida, que casi todos estamos convencidos de que no es posible reír mas. He oido decir, sin embargo, que los franceses ríen mas que nosotros, y esto quizá sea cierto, porque son casi tres veces mas numerosos que nosotros. Tambien tengo noticia de que ríen mucho en todos los teatros de Europa, y de que la única triple nacion que no está seria ni se rie, es la Gran-Bretaña. Este, en todo caso, es un consuelo.

¿Cuál es hoy nuestro gusto en materia de teatro? ¿Cuál el género que preferimos? ¿Qué afectos nos entretienen? ¿Qué pasiones nos cautivan, respondiendo á las que estan en nuestro corazón?

Supongamos que un jóven codicioso de la noble gloria teatral, sin la experiencia de ensayos afortunados, dirigiese estas preguntas al público de nuestro tiempo. Yo creo, y sea dicho sin agravio de nadie, porque á nadie intento aludir, que recibiria alternativamente estas respuestas.

—Hombre! escriba Vd. una zarzuela. Coje Vd. á Scribe, le da cuatro vueltas, aquí un aria bufa, allá un poquito de prosa, y es probado.

—Lo mejor que puede Vd. hacer es no escribir nada, porque esta no es época de literatura dramática.

—Sin embargo, escriba Vd.; pero cuenta que yo voy al teatro á distraerme de mis cuitas y de la gravedad de mis negocios, y no quiero ver lástimas y cosas tristes. ¡Sobradas tengo en mi casa!

—Por qué no hace Vd. una comedia? Este es el género mas acomodado al gusto de la sociedad actual; pero cuidado con hacer retratos; cuidado con el espíritu de clase y de corporacion, y sobre todo no nos diga Vd. la verdad.

—Lo único que le encargo á Vd. es que no se descuelgue escribiendo una tragedia, porque seria trabajo perdido.

—Créame Vd.: escriba un drama ó cualquier cosa, que como sea buena y los actores la representen bien, y al público le entre por el ojo derecho, no faltará quien le haga á Vd. justicia.

—Por qué no le da Vd. un pasavolante á una comedia de Caldera y la presenta Vd. refundida? A mí me gusta mucho el teatro antiguo.

—Si Vd. fuera andaluz, podria hacerme feliz con una piececita en caló.

—Ya le diré á Vd. otro dia mi opinion, porque ahora me voy á los toros.

Llega por fin el último de estos personajes, con el paso grave, con el semblante grave, y dice después de una grave pausa con voz muy acentuada.—Hombre, le diré á Vd... lo que es yo, no he pensado en eso de las comedias en toda mi vida.—Y si hay á mano alguna butaca, se repantiga en ella para contemplar cómo sube en curva y en espiral el humo de su cigarro.

Figuro, para esplicarse el público de algun modo, lo dividida en tres clases, que eran plebe, estado llano y nobleza; pero desde entonces acá, ó hemos adquirido una variedad infinita de gustos, ó todos tenemos uno solo; ó ninguno forma clase con otro, ó todos juntos caminamos á ciegas á través de los afectos dramáticos mas vagos y contradictorios: casi inaccesibles á las grandes pasiones del arte (como en ellas no haya mucho de los titeres del oficio), indiferentes á lo pasado, mas indiferentes al porvenir, y sobre todo con una propension á la risa, con un amor al mamarracho, con un frenesi por la caricatura, aunque no sea de nuestras costumbres, que bebemos los vientos por lo que nos hace reír y no nos obliga á pensar en nada, en nada, absolutamente en nada.

Y á la verdad, vencida la primera mitad del siglo XIX, pendientes tantas cuestiones filosóficas y sociales que absorben nuestra atencion y reclaman nuestra inteligencia, ¿no es un juego inocente el de las pasiones del arte dramático? Allí quiere reír el público: en otra parte desplegará sus pasiones propias y su inteligencia, porque esta necesita su esfera de actividad; y cuando en los placeres del arte no la encuentra por ser extremadamente livianos y pasajeros, búscala en los grandes problemas de la vida social al través de catástrofes sangrientas.

En estos dias se prepara una reforma de nuestra ley orgánica de teatros. Cuando Luis XIV fundó el teatro francés, aplazó las consecuencias del sistema crítico-filosófico de Voltaire, distrajo al mismo Voltaire, y proporcionó á la Francia dias de una gloria sin peligro, convirtiéndola en otra Atenas culta, amiga de las reglas aristotélicas.

GABRIEL ESTRELLA.

JUAN.

ANÉCDOTA DE 1814.

El grande hombre acababa de caer estrepitosamente, y su caída puso término á largos infortunios: el nieto de san Luis pudo al fin recuperar el trono de sus mayores, trono que en su destierro nunca habia abandonado, segun el parecer de su corte, compuesta de antiguos servidores, heridos como él por la tempestad revolucionaria.

En el buque que conducia al descendiente de san Luis iba tambien una señora de noble origen tan fiel á sus reyes como á su religion, y adicta á ellos, porque no creia que fuese posible serles hostil. Ignoraba asimismo que mereciese el nombre de virtud el padecer por la salvacion y por el triunfo de su soberano, y consideraba todo cuanto habia ocurrido en Francia durante veinte años como una comedia, cuyo primer acto representaba al pueblo convertido en loco, y el segundo al mismo pueblo recobrando la razon.

Al llegar á París la vizcondesa de V... no procuró visitar los nuevos monumentos de la capital, ni sus útiles establecimientos, ni las instituciones vigentes. Contentóse con saber que el palacio de las Tullerías estaba en el mismo sitio, que las habitaciones del rey no habian sufrido variaciones notables, y que los dignatarios y las damas de la corte podrian entrar en los salones y tomar asiento, con arreglo á su rango, á sus títulos y á sus privilegios.

La vizcondesa sentia vivamente la pérdida de todos sus bienes; pero descansaba en la confianza de que el rey cuidaria de la suerte de sus nobles y de sus amigos.

Entre tanto se estableció en una modesta habitacion del gran palacio que en otro tiempo le habia pertenecido, y que era á la sazón propiedad de un capitalista. Por lo demás, no bien supo este que aquella señora deseaba ocupar un rincón de su antiguo palacio, se apresuró á ofrecerle sin imponerle alquileres ni condiciones.

Este proceder conmovió á la vizcondesa, que aceptó su delicado ofrecimiento y dispuso al nuevo propietario el honor de hacerle una visita. Despues instaló su casa, con el hijo de una antigua doncella suya, que la habia seguido al destierro y habia muerto.

Juan, aunque solo contaba catorce años, poseia toda la confianza de su señora, y valia por un ejército de criados, pues era ayuda de cámara y cocinero, limpia-suelos y comisionista, tapicero y criado en general; para cada empleo tenia su correspondiente traje; de modo que nunca iba á un recado de su ama sin endosarse un leviton ceniciento, nunca la servia á la mesa sino de frac y pantalon negro; y nunca la acompañaba sin llevar el indispensable *carri* galoneado.

La vizcondesa podia alimentar de este modo, hasta cierto punto sus ilusiones, por lo mismo que Juan habia heredado todo el celo de su madre, que habia servido á su señora por espacio de cuarenta años.

Trascurrió cerca de un año sin que en la existencia de Juan se verificase otra modificación que la de la subida ó la baja de los precios en las provisiones de boca, cuando de pronto se esparció por París el rumor de que el rey legítimo amenazaba la desgracia de volver á ocupar el lugar que habia ocupado en el extranjero durante veinte años.

Juan supo el desembarco de Napoleon, hallándose en el mercado: allí vió á un orador del pueblo que se habia subido á la Fuente de los Inocentes y gesticulaba al anunciar la gran novedad, mientras el pueblo entusiasmado le interrumpia gritando:

—¡Viva el emperador!

Juan, detenido por la multitud, preguntó de qué se trataba.

—Hermoso mio, le dijo una vendedora, se trata de que el emperador Napoleon se burla de todo, y de que vuelve á pedir cortesmente á los otros que desocupen el puesto.

—¿Cómo! ¿El emperador?

—El mismo, querido de mi alma: puedes dar la noticia á tu madre y prepararte para la conscripcion. ¡Bah! A juzgar por tu imponente talla, entrarás en una compañía de cazadores. Ea! grita con nosotros: viva el emperador!

—¡Viva el emperador! gritó Juan, huyendo de allí atemorizado.

En cuanto llegó al palacio en que vivia, trató de ver á su ama; y así, aunque esta no se habia levantado, llamó á la puerta de su cuarto y entró diciendo:

—¿Me perdonareis, señora vizcondesa?

—No lo sé, contestó ella riéndose.

—Es que...

—¿Qué ocurre?

—¡Ah señora! No puede ser verdad... no... no... imposible.

—¿Hablarás?

—Habeis de saber que gritan en el mercado...

—Todos los dias sucede lo mismo.

—Ya; pero hoy gritan: viva el emperador!

—¿Viva el emperador? Vamos, estás loco.

—No por cierto.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Las gentes del mercado.

—¡Ah! El pueblo... repuso con desden la vizcondesa.

—Eso es... eso: el pueblo reunido.

—¿Y qué importa? Deja que grite, pues no tardará el rey en hacer que calle.

—Pero si dicen que vuelve el emperador...

—¿Que vuelve?

—Sí, señora.

—Y yo te aseguro que has perdido el juicio.

—Eso no se opondrá á que todos se empeñen en que pronto estará en el palacio de las Tullerías.

—¿Y crees que el rey se lo cederá?

—Tambien vos tuvisteis que ceder el vuestro.

—¡Ah! Es verdad, amigo mio; pero el rey tiene un ejército para defenderse...

—De modo que no creéis...

—Tú dices lo que has oido, pero te han informado mal.

—Con todo, señora...

—Dejemos eso Juan, y prepara mi café: cuidado con que dejes de tomar el tuyo, pobre Juanito, porque ya estarás cansado.

—En fin, murmuró Juan, ello es que hay algo de nuevo.

La noticia del dia se propagó con tanta rapidez, que pocas horas después se veian las calles de la capital llenas de gente, temiendo unos la desgracia y otros la cólera del hombre que atravesaba la Francia con pasos de gigante.

Varios amigos de la vizcondesa de V... la instaron á que partiese con ellos; pero tenia ya muy cerca de sesenta años, vivia tranquilamente con cuatro mil francos de renta que le pasaba cierto pariente, quien en vez de huir de su patria y emigrar, habia preferido prestarla buenos servicios y permanecer en ella rico y apreciado.

Por otra parte, la vizcondesa nada habia podido obtener de S. M. á pesar de los servicios de su difunto esposo, y esto, sin cambiar sus principios ni alterar su adhesion á la legitimidad, la habia enfriado hasta cierto punto.

Tronó el cañon, y el emperador volvió á descansar otra vez en el palacio de los reyes de Francia; pero su reinado fué un relámpago que brilló en el último episodio de su glorioso destino.

La familia real apareció de nuevo y lanzó proscripciones y anatemas contra los hombres que, después de haber desmentido sus antiguos principios, no se habian negado á cometer una nueva traicion.

Una de las víctimas de esta reaccion política se hallaba encarecelada con otras mas culpables; pero aquel infeliz, menos condecorado que los demás, y por lo tanto menos temible, halló medios de evadirse de su prision, y en efecto huyó de ella.

Pero ¿adónde podia ir? A nadie conocia en París, se encontraba fuera de la ley, y su presencia iba á ser peligrosa para los que se atreviesen á darle asilo. Necesitaba por lo

mismo ocultarse y vivir; pero ¿cómo lo habia de lograr sin vivienda y sin medio alguno para atender á sus necesidades?

Al bajar por los muelles, camino que habia tomado al evadirse de la conserjeria, vió á la altura del puente de la Concordia una barca cubierta y destrozada de lavanderas, que muchas veces habia servido de refugio á los trabajadores y que estaba arrimada á la muralla, á unas cuantas toesas del Sena. Dirigióse á esta especie de cabaña, entró en ella, y pasó allí la noche.

Al dia siguiente se paseaba pensativo á orillas del rio, cuando observó que un jóven bajaba por los escalones que conducen al Sena y se disponia á cojer arena con un cesto.

Aquel jóven era Juan, que iba al mercado, y que queriendo comprar pescado para su señora, se proveia de arena para mantenerlo fresco. Miró al proscrito y le saludó.

Este, al examinar aquella fisonomia amable y honrada, dirigió la palabra á Juan, con quien en breve entabló relaciones, aunque sin descubrirle quien era.

—Se me figura que padeceis, le dijo el jóven, y haceis mal en esponeros así á la humedad.

—Es que vivo aquí, le contestó su nuevo amigo.

—¿Aquí? ¿Y dónde está vuestra casa?

—Allí, repuso el proscrito señalando su escondite.

—¡Oh! Os encontráis lo mismo que se halló mi señor el vizconde durante la revolucion; tambien vivió en cierta cabaña á orillas de un rio.

—¿El vizconde?... ¿Sois de la casa de un vizconde?

—Ya murió; y ahora sirvo á la vizcondesa, que vino de la emigracion con el rey.

—¡Ah! murmuró el proscrito algo turbado.

—¿Qué pálido estais, caballero! dijo Juan.

—Sí... mucho...

—¿Necesitais alguna cosa?

—¡Oh! Necesito...

—Hablad... hablad.

—Comer, amigo mio, y seais quien fuéreis, os compadecereis de mí, porque... tengo hambre.

—Sí, sí, caballero, esperad, que volveré al momento.

—¡Ah! exclamó el proscrito asustado, á nadie digais que estoy aquí.

—Perded cuidado, nada diré; ya conozeo que os ocultais; pero tambien estoy seguro de que no sois un malhechor.

—Os juro que soy un hombre honrado.

—Y tal me pareceis.

Diciendo así Juan, se separó corriendo de su nuevo amigo, y de allí á poco rato volvió á su lado con un pan de dos libras, una botella de vino y un pedazo de jamon.

Habia gastado dos francos, pero se dijo muy satisfecho:

—¿Qué me importa tener dos francos menos en mi peculio?

¡Parece tan desgraciado este hombre!

(Continuará.)

VISTA DE TEMESWAR.

La fortaleza de Temeswar, capital del Banato, que se halla situada en las fronteras de la Transilvania á 35 millas Sudoeste de Pesth, 60 de Baden y 22 nordeste de Belgrado, se compone de la ciudad interior propia, ó sea fortaleza, y de tres arrabales llamados de san Miguel, san José y arrabal de fábricas, y ha sido una de las ciudades que mas han figurado y por consiguiente sufrido en la guerra de Hungria. Los árboles que se ven en primer término en este grabado pertenecen á los jardines de la fábrica de armas de la ciudad; la puerta de la fortaleza, que se llama puerta de Viena, conduce por una calle á la plaza en donde se halla la catedral alemana. Fuera á la derecha se ve el hospital grande con su iglesia, y no lejos de la ciudad se encuentra el arrabal de fábricas situado fuera del baluarte.

IGLESIA ALEMANA DE MUSKAU.

Entre los muchos edificios y sitios notables que embellecen el parque de Muskau, creado por el príncipe Pückler, y del que ya hablamos en otra ocasion, aunque ligeramente, merece especial mencion la Iglesia alemana construida por el italiano Bevilacqua, y tan bien situada, que domina casitodo el parque; esta iglesia, que se hallaba bastante deteriorada á consecuencia del incendio de la ciudad, ha sido considerablemente restaurada y mejorada por el actual protector del parque, el príncipe Federico de los Países-Bajos, que sabe suplir su falta de asistencia aquí, proporcionando auxilios suficientes para sostener y hermosear este sitio de recreo tan agradable y que tanto honra la memoria de su fundador.

EL LADRON DE LA CORTE.

CAPÍTULO IV.

La ráfaga de viento.

—¡La tuya caerá antes que todas! gritó en aquel momento una voz desde la estancia vecina.

Nuestros dos personajes lanzaron una exclamacion de sorpresa y de terror.

—¿Quién está ahí, Catalina! preguntó Erico.

—Lo ignoro, contestó la jóven.

—¡Nos escuchaban!

—Espenad... la puerta tiene cerrojos...

Y poniéndose junto á ella de un salto, los cerró apresuradamente.

—¡Abrid! ¡abrid! gritaban algunos dando furiosos golpes contra la cerradura.

—¡Son muchos! dijo Catalina.

—Me buscan á mí, añadió Erico con calma.

—¡A vos, Federico! ¡vos teneis enemigos! ¿quiénes son? ¿cómo han sabido que estáis aquí?

—Me habrán seguido misteriosamente.

—¿Pero qué les habeis hecho?

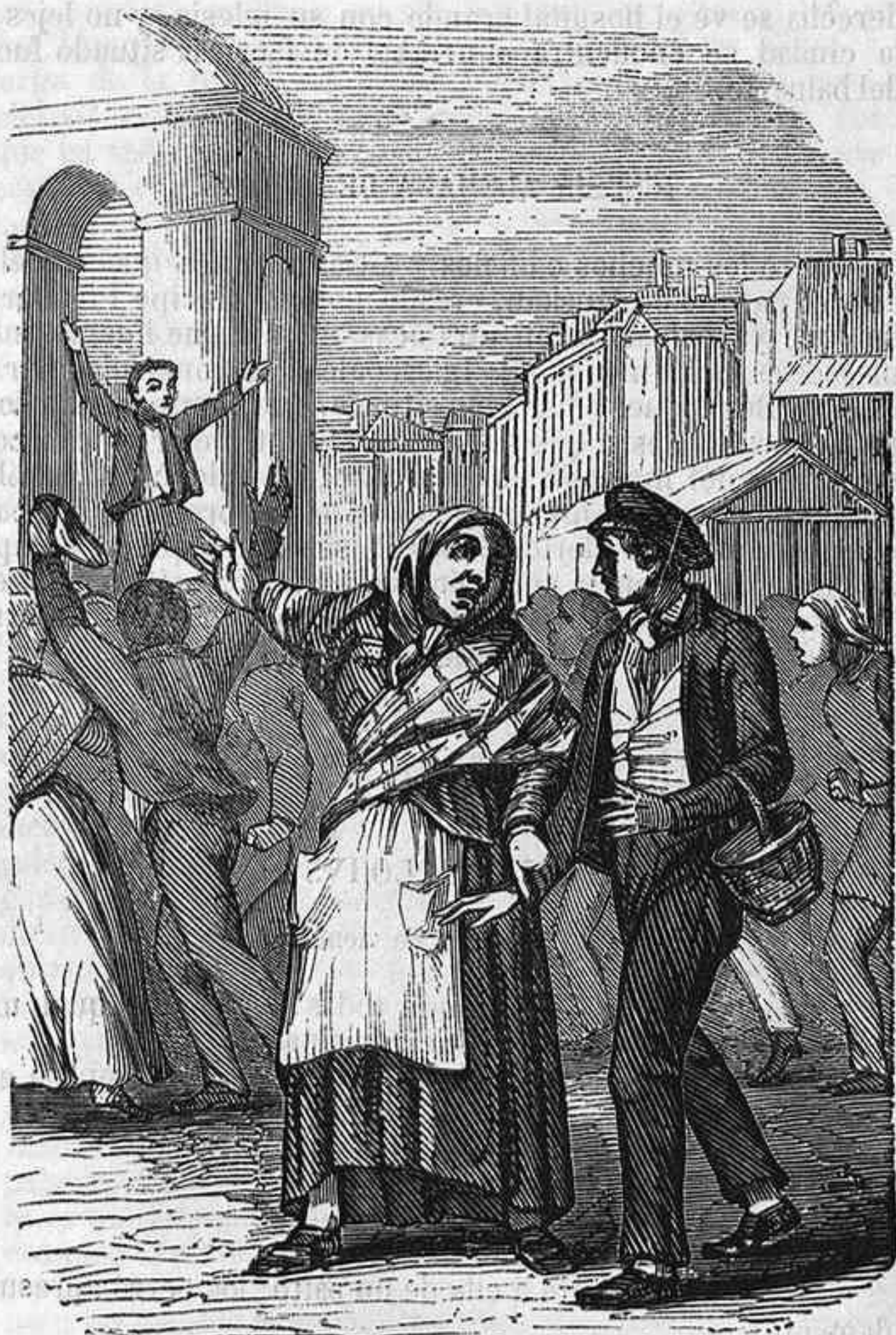
—Nada, ó dicho mejor, mucho bien á unos, y ningun mal á otros.

— ¡Oh! escuchad... van á derribar la puerta...
 — Es mi vida lo que vienen á pedir.
 — ¡Vuestra vida! ¡Dios mio! Será preciso huir, ocultaros...
 — ¿En dónde?... ¡ah! esperad... este profundo armario...
 — ¡Pobre niña! ¡esos medios de evitar peligros tan ciertos como este, son indignos de mí! Los monstruos no perdonarían á su víctima; es preciso resignarse con la suerte. Pero



El ladrón de la corte.

al menos me será permitido defenderme y morir matando... Catalina, toma un puñal que confío á tu valor... yo tengo espada, y mi pecho recibirá los golpes al tuyo dirigidos; imítame.
 — Pero ¿quién sois, señor, para ser el blanco de tantos ódios y furores?
 — ¿Qué? ¿no lo has adivinado? Soy el rey.
 — ¡El rey! exclamó la jóven cayendo de rodillas; en ese caso dejadme, señor; yo debo defender vuestra persona sagrada.
 En esto diez hombres enmascarados se precipitaron en la habitación dando salvajes gritos.
 La puerta habia caído hecha trizas.
 El jefe de esta bandada de desconocidos era de colosal estatura, é iba vestido con un largo capoton de piel de renjifero, cubriendo su cabeza una especie de capuchon. Tanto él



Juan.

como sus compañeros parecían habitantes de la Laponia sueca.
 La horda entera se abalanzó á Erico, y diez espadas desnudas se dirigieron contra su pecho.
 — ¡Miserables! gritó el rey; ¿sabeis que soy vuestro soberano, y quereis asesinarne? ¿No temeis la justicia divina á falta de la de los hombres?

Una señal de su jefe alentó á los asesinos, que se habian detenido un instante para escuchar á Erico.

Este continuó:
 — Fácil me fuera nombrar los que han armado vuestro brazo en contra mia; pero callaré si quieren renunciar á sus horribles proyectos. Haré mas aun: empeño mi palabra real de que les concederé, y tambien á vosotros...
 — Nosotros nada queremos, le interrumpió una voz disfrazada; solo tu vida...
 — Antes me darás la tuya, gritó Catalina, hundiendo su puñal en el pecho de aquel fanático.
 Después apagó la lámpara, dejando á todos en completa oscuridad.

El combate fué terrible...
 Cada golpe lanzado en las tinieblas cortaba una vida.
 Catalina se habia acurrucado junto á su cama, y al abrigo así del furor de los combatientes, sentia latir su corazon de temor por la vida del rey, cuando oyó caer un cuerpo sobre el pavimento, y estas palabras pronunciadas con voz trémula:
 — ¡Señor, voy á morir; perdonadme si he hecho algun mal á mi pueblo!
 La jóven lanzó un grito desgarrador, y olvidando el peligro á que se esponia, corrió por entre las espadas que en el espacio se cruzaban á oponerse á los golpes dirigidos á su amante. Por dos veces sintió penetrar el frio del acero en su brazo y cerca de su corazon; pero no por eso abandonó su proyecto.

Efectivamente: el príncipe yacia en el suelo, y un pie vigoroso pesaba sobre su seno jadeante. El asesino, que cono- cía muy bien la calidad del vencido, le tenia bajo sus piés para no engañarse al herirle. Ya se habia levantado la temible espada para hacer del rey un cadáver, cuando abriéndose estrepitosamente la ventana á impulso de una de esas ráfagas de viento mezcladas de nieve, tan comunes en el Norte, un cuadro tan nuevo como singular se ofreció á la vista de los espectadores suspendiendo el combate.

Sobre los brazos de un enorme cedro, cuyas ramas coronadas de escarcha subian hasta la ventana de Catalina, apareció una docena de hombres, y los que con tanto furor reñian en la habitación, sobrecojidos de espanto, exclamaron:
 — ¡Nos han descubierto! ¡sálvese el que pueda!
 Todos se precipitaron á la puerta y desaparecieron por el corral, mientras los caballeros sobre las ramas del cedro los miraban huir con gran asombro, pero sin abandonar su posición.

El rey y la sueca quedaron desmayados en el suelo.
 Algunos minutos después las hojas del árbol comenzaron á moverse, y uno de los aventureros se escurrió por la ventana siguiéndole los otros en silencio.

Encendieron una linterna sorda, y con todas las precauciones del que teme se pusieron á examinar el sitio en que se hallaban. Una puerta derribada, espadas rotas, y un crucifijo coronado de boj en la alcoba, fuéron los únicos objetos que encontraron, y que parecia no satisfacerles mucho.
 — ¡El diablo se burla de mí! dijo el jefe de aquella tropa: ¡nos han cojido otros la delantera, y han dado el golpe que tan bien preparado teníamos. Vamos, camaradas, dejémoslo para otra vez. Aquí no hay nadie. Huyamos. Va á amanecer, y los buhos de nuestra especie no apetezen la claridad del día.
 Y al tomar el camino que habian traído, el pié del que acababa de hablar tropezó con un objeto. Inclinóse al instante para reconocerlo, y exclamó:

— ¡Qué ve!... ¡Dos personas muertas!
 Dirigiendo la linterna hácia sus rostros:
 — ¡La vendedora de nueces y el judío Magnus! dijo. Yo estaba bien seguro de que le hallaríamos aquí cuando os lo dije... Krempel, ayúdame á poner á Magnus en este sillón: me parece que respira aun.
 Erico, socorrido por los extranjeros, volvió pronto en sí, pues solamente habia salido contuso de la terrible lucha. Cuando volvió á abrir los ojos, fijólos amedrentado en los que le rodeaban, y reuniendo todas sus fuerzas:

— ¿Qué me quereis, miserables? exclamó. ¿Acaso para hacerme morir dos veces de vergüenza y deshonra me devolveis en este momento la vida? Pero no esperéis libraros... Dios me hará triunfar de mis infames asesinos, y sus cabezas rodarán sobre el cadalso.

— Un instante, Magnus... creo que aun está turbada vuestra vista... sé bien que en vuestra calidad de hereje sois de la raza de los perros; pero ahora no podeis morder á los que vienen á salvaros.
 — Es verdad, respondió el rey mirando de hito en hito al que acababa de hablarle. ¿Quién sois pues? ¿de dónde venís?
 — ¿Quién soy? El mercader de diamantes con quien hicisteis aquel negocio. ¿De dónde vengo? De mi casa, y no debéis admiraros de hallarme aquí á estas horas, porque vos mismo me habeis citado para ir á prender á Boleslao y á los de su cuadrilla. Soy exacto; y si aun estais del mismo modo de pensar, podemos partir cuando gustéis.

— ¿Con que vos y los que os acompañan, sois los que habeis ahuyentado á mis asesinos?
 — Parece que sí, y sin quererlo... ¡el diablo se ha burlado de mí, porque veníamos con otra intencion! Estos señores, que son joyeros como yo, maravillados del ventajoso negocio que hice con vos, me habian rogado les acompañase para proponeros otro igual; solamente que son bastante indiscretos para exigiros á la fuerza una suma igual á la mia, reservándose para mas tarde el entregaros el objeto del trato.
 — ¿Segun eso sois ladrones?
 — Distingo, mi valiente Magnus; nosotros componemos una sociedad de personas inteligentes, que hacen los negocios á su modo. Pero ¡Dios mio! mercaderes hay en la ciudad que pasan por hombres de bien y hacen el mismo comercio que nosotros.

— Señores, dijo Erico, yo no tengo aquí oro: si lo tuviera, os evitaria el crimen de robármelo, porque el servicio que me habeis hecho me obligaría á ofreceros una buena recompensa.
 Catalina, que habia sido colocada en su cama, exhalando un suspiro, exclamó:
 — ¡Salvaos, señor!... ¡quieren asesinaros! ¡abandonadme! ¡abandonadme!
 — ¡Señor! dijeron admirados los ladrones.
 — Esta jóven delira, dijo el rey acercándose á ella. Ha sido

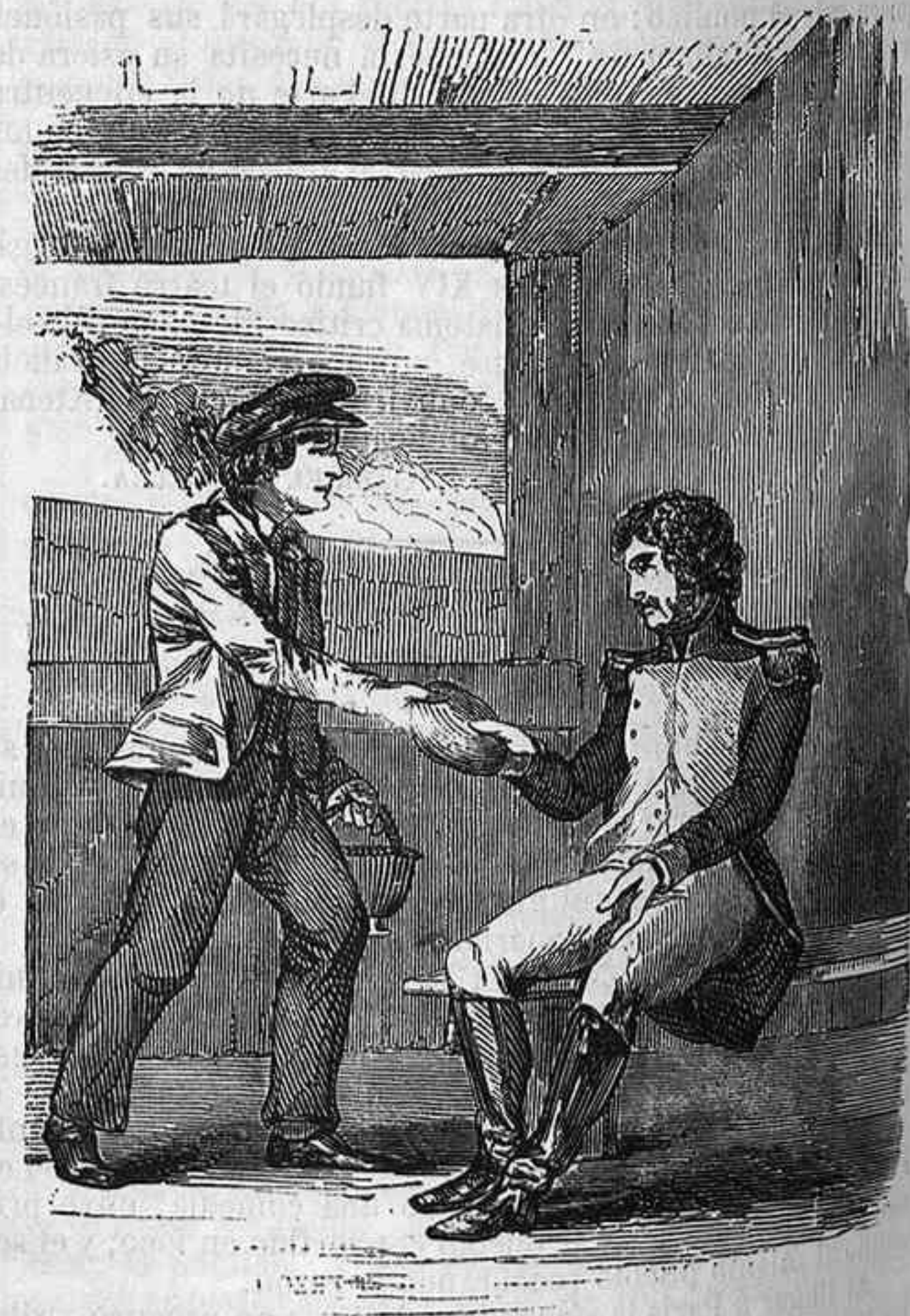
herida defendiéndome, porque me ama... si... y yo á ella tambien... ¡algún dia se lo probaré!

— ¡Ah, pobre judío! ¿Teneis enemigos secretos?
 — Algunos.
 — Parece que os han preparado una emboscada... ¿y qué os robaron los infames?
 — Nada: solo querian robarme la vida.



El ladrón de la corte.

— ¿No los conoceis?
 — Me figuro quienes serán.
 — Eso á vos solo toca; en cuanto á nosotros, debo confesaros que no somos tan generosos que rehusemos la recompensa que nos habeis prometido.
 — ¿Y en cuánto me tasais?
 — Nosotros no tasamos las personas. Tomamos todo lo mas que pueden darnos.
 — Os daré quinientos ducados.
 — ¡Magnifico! No os hubiéramos pedido tanto; pero está visto que nunca se pierde con las buenas gentes.
 — Pues bien: hagamos otro trato. Os ofrezco á todos una suma mayor diez veces que esa, si me jurais que renunciáis para siempre á tan infame vida.
 — Judío, esa es ya otra cuestion, y lo reflexionaremos cuando seamos viejos; entre tanto lo que importa saber es



Juan.

cómo llegará á nuestras manos la suma que nos habeis prometido.
 — ¿Quereis que la entregue en la taberna donde nos conocimos?
 — Bien: direis que es para el señor...
 — ¿Boleslao? dijo el rey sonriendo.
 — No, por todos los diablos! exclamó el ladrón, retroce-

—¿Cómo lo habeis adivinado? ¿Con que sabeis quién soy yo?... Entonces, adios, yo no puedo estar un minuto donde me cococen.
—¿Pero á quién entregaré el dinero? gritó el rey viéndole alejarse con su cuadrilla.
—A quien querais, respondió Boleslao des-

apareciendo.
Así que quedó solo, corrió Erico al lecho de Catalina. Un sueño agitado cerraba sus párpados, y algunos gritos que le arrancaba el agudo dolor de sus heridas interrumpian tan solo su respiracion poco sosegada.

—Pobre y amante niña, duerme, dijo el rey enternecido: duerme, que quizá tu despertar sea tan hermoso y brillante, que creas dormir todavía.

Y se alejó precipitadamente para enviar un médico y todos los socorros que pudieran ser necesarios.

Después que amaneció, Mansdotter y su esposa, sorprendidos de que su hija no hubiese bajado aun, subieron á su habitacion, y cuando, viéndola bañada en sangre, conocieron que habia sido asaltada por asesinos, su dolor no tuvo límites.

—No llores, madre mia, exclamaba Catalina, yo no moriré... ya no temo nada, porque una poderosa voluntad vela desde hoy por vosotros y por mí... ¡Si tú supieras cuán dulces me son estos sufrimientos! El estaba aquí... le he visto... me ha dicho que me ama... ¡Oh! ¡soy feliz!
—¿Quién, hija mia? replicó su padre.

—El rey, padre mio, el rey, á quien he enamorado, y que me lo ha repetido al marcharse.
—¡Ah! ¡la desgracia nos persigue! exclamó la madre elevando sus ojos al cielo; ¡nuestra pobre hija está loca!

—¡Loca! añadió Mansdotter, ¡loca, sí! su mirada nos lo anuncia... ¡La maldicion de Dios ha caido sobre nuestra casa! ¡Cuán poco duraderas han sido nuestra felicidad y nuestra fortuna!

—No, no, padre mio, no me comprendéis... os repito que voy á ser gran señora, porque su corazón es mio, y no me dejará vivir en esta pobreza, en esta oscuridad. Si, el rey es bueno, noble y generoso á pesar de todo lo que se dice...

—Catalina, mi querida Catalina! murmuró su madre sollozando... tus palabras nos dañan muchísimo... ¡Qué te ha sucedido, Dios mio! ¡Tu cabeza está trastornada!...

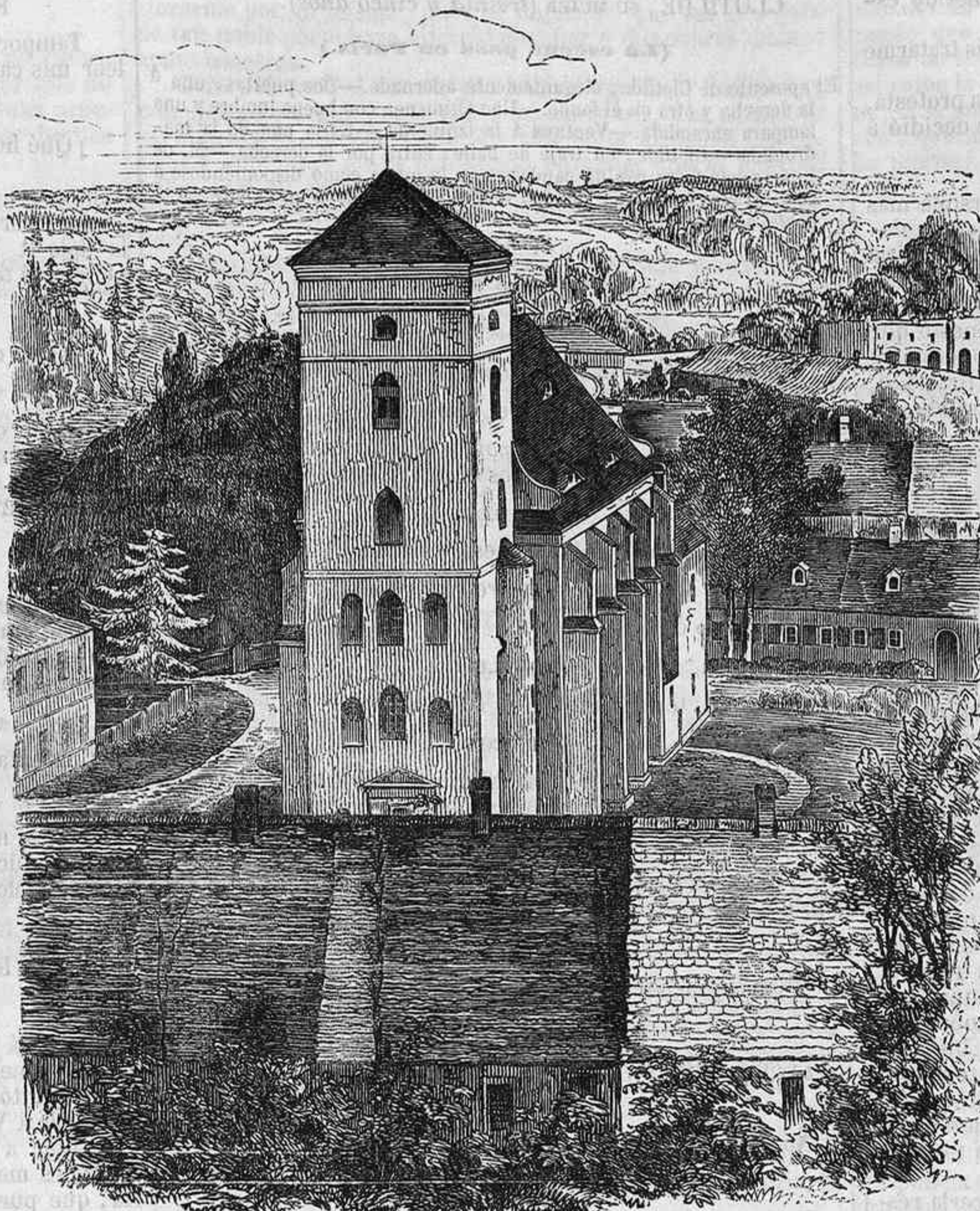
—¿Qué malvados te han puesto en esta situacion? Ellos atacan únicamente á los ricos, sin acordarse de los pobres como nosotros.

—¡Diamantes!... vestidos de seda!... carruajes... exclamaba Catalina en su febril delirio.

—¿Señor, tened piedad de nosotros! dijo la señora Mansdotter, arrodillándose junto al lecho de su hija; no podrá curar, y la veremos morir antes que nosotros.

En este momento se presentó en la habitacion un hombre de aspecto severo, precedido y anunciado por dos criados. Antes de que Mansdotter y su muger tuviesen lugar de dirigirse la palabra, se acercó á la enferma, examinó sus heridas, y con tono de conviccion les dijo:

—Eso lo examinaremos después que conozcamos la enfermedad. No es difícil que la viva emocion que ha experimentado haya en efecto trastornado su razon; pero el reposo y las asiduas atenciones que tengo encargo de prodigarla, la curarán pronta y felizmente; lo espero.



Iglesia alemana de Muskau.

—¡Oh mi buen señor! dijo la madre, ¡qué de bendiciones os deberemos si la volveis á la vida! Ayer no éramos ricos; pero hoy tenemos cien piezas de oro que la providencia nos ha enviado, y serán para vos.

—Me está prohibido aceptar nada, señora.

—¿Pues quién os envía?

—Es un secreto que debo guardar.

—¡Ah! lo adivino; el ángel desconocido que nos protege...

CAPITULO V.

El gabinete del Rey.

La misteriosa campaña que tan imprudentemente acababa de emprender el rey contra un ladrón mas hábil y astuto que él, era, como ya lo hemos visto, con estremo peligrosa. Habia conocido Erico que los agentes secretos de los miserables que fraguaban su ruina le seguian tenazmente los pasos, y triste y desanimado por esta causa, creíase prisionero en su mismo palacio, no viendo en su poderío mas que una dorada esclavitud, pues siempre mil puñales estaban asestados contra su pecho.

Agitado se hallaba su espíritu por estas sombrías reflexiones, mientras sentado delante de un escritorio cubierto de papeles, fijaba su mirada en unos navios que acababan de fondear en el Báltico, y desembarcaban á la sazón su cargamento en la misma plaza de palacio.

Acercóse primero á la ventana, y después dió algunos pasos por el gabinete, como si pretendiera desechar una idea terrible.

—Yo no puedo dar publicidad á los proyectos de mis asesinos, exclamaba, porque fuera casi aconsejarles que tomen mas precauciones para librarse de mi venganza... Además, todos me llevarian á mal esos disfrazamientos nocturnos, á que tendré al cabo que renunciar, ¡lo conozco!... ¡Y los que esta noche quisieron matarme quedarán impunes! ¿Cómo descubrirlos? No tengo un amigo sincero que me pueda aconsejar. Mi ministro Goran Person está siempre en expectativa con respecto á mis hermanos, pues su egoista prudencia tiende á conservar el mando con mis sucesores. Tampoco puedo confiar en los grandes, porque se han declarado enemigos míos desde el principio de mi reinado... ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! Esa jóven, añadió con un tono mas tierno, ¡cómo se desvive por mí! Su corazón es el único sobre el cual ejerzo algun influjo en mis estados... Pero ¡que haya nacido por su educacion y su cuna tan lejos del trono!

Oyóse un ligero ruido que hizo volver al rey la cabeza, y vió entrar por una puerta secreta del gabinete á la princesa Isabel, la mayor de sus dos hermanas.

—Que Dios os guarde, hermano mio, dijo encaminándose á Erico con aparente aire de majestad. Si no os molesto, os rogaré que me concedais una audiencia.

—La peticion me parece inútil, después de haberos introducido en mi gabinete.

—Tengo importantes observaciones que haceros, y sérios consejos que daros.

—Conozco la tendencia de vuestros consejos, y podria dispensarme de escucharlos, hermana mia; pero como todos los ecos de mi palacio repiten á cada instante que soy un tirano, quiero darles ahora un mentís, consintiendo en escuchar y aun en seguir vuestros consejos, si son dictados por el amor de la justicia y de la verdad.

—No os voy á hablar de asuntos de estado, y sí de uno en que á vos solo compete entender, hermano mio. Ya es tiempo que se hable de ello á vuestra majestad.

—Ya os escucho.



El Cisne de Plata.

—No tengais temor alguno, señores, no corre peligro. Antes de quince dias estará vuestra hija completamente restablecida.

—¡Ay de mí, señor! respondió el padre, no nos decís todo lo que...

—Aostumbro decir siempre verdad.

—¡Nuestra hija ha perdido la razon!

Vamos á dejaros solo con Catalina. Adios, hija mia, deja que te abrace tu pobre madre, y así volverá la quietud á tu alma y á la suya.

Y el médico, ocupado ya en preparar los medios curativos, quedó solo con la enferma que acababa de despertar.



El Cisne de Plata.

—Se dice de público, y me repugna el repetirlo, que vuestras miradas han descendido hasta el estremo de fijarse en una criatura de la mas ínfima condicion.

—Mis ojos se fijan sobre todos mis vasallos, hermana mia.

—No tergiverseis el sentido de mis palabras. Estoy convencida de que las comprendéis; solo que como os rebajan sobre manera...

—Si alguna vez habeis creído que os sería fácil humillarme, ¿no sospechais lo que yo haría, hermana? dijo Erico con reprimida cólera.

—¿Qué hariais?

—Os arrojaría al punto de mi presencia, porque el rey no puede ser humillado por persona alguna.

—¡Ya fallais á vuestra palabra! Me habeis prometido escucharme con calma ¡y os enfureceis!...

—He cumplido mi deber, recordándoos que debeis tratarme con respeto. Os ruego que no lo echeis en olvido.

Isabel, un poco desconcertada por esta enérgica protesta, conoció que era preciso mudar de lenguaje, y se decidió á hacer uso de la falsedad y la aspereza.

—Aquí estaba en su terreno.

—No quiera Dios que me olvide de que sois la persona mas elevada de este reino, continuó; pero al mismo tiempo desearia que tambien vos lo recordárais, porque nada tendria que echaros en cara, y habria terminado nuestra conversacion.

Esperad, hermana, dijo Erico con vehemencia; puesto que habeis vos misma entablado esta cuestion, voy á ponerme en vuestro lugar, y ahorraros de esas reticencias y perifrasis. Sí, una jóven pobre y plebeya, pero de alma noble y grande, ha conquistado mis afecciones, por haberme dado una prueba tal de adhesion que nunca podré recompensársela debidamente.

—¿Y cuál ha sido esa prueba?

—Por ahora es inútil que os lo diga: tiene relacion con un odioso complot, que espero haga mas tarde mucho ruido, pero que hasta entonces mi política me obliga á callar.

El silencio que siguió á estas palabras pareció disgustar á Isabel, que volviendo á tomar un aire compungido, prosiguió:

—¡Con que es cierto que una jóven miserable, salida de la hez del pueblo, ha obtenido las afecciones intimas del rey de Suecia, el reconocimiento, y quizás imprudentes promesas...!

—Yo no he hecho promesa alguna, ni sé todavía qué decidirá sobre esa jóven, replicó vivamente el rey; pero si el profundo amor que me ha inspirado puede escitar vuestro enojo, al par que lo provocho, lo desprecio.

—¿Y es un hijo de Gustavo Wasa el que así me habla?

—Sin duda alguna... y pues invocais la memoria de nuestro padre, recordad lo que él hubiera sido si Cristian se hubiese posesionado de la Suecia. Vos, princesa, vos, tan satisfecha de vuestro alto nacimiento, lo debeis, mas que á la nobleza de vuestro linaje, á la casualidad ó á la fortuna. Suponed que Gustavo no hubiese sido favorecido por ambas que le elevaron al trono, y seriais ahora la hija de un humilde minero de la Dalecarlia. Si así hubiera sucedido, no tendríais tanto orgullo, ni despreciaríais al pueblo en tan alto grado.

—Veo, señor, dijo Isabel con voz trémula de cólera, que teneis en muy poco la corona que heredásteis de nuestro padre.

—Ya os he probado, hermana mia, que quiero hacerla respetar hasta por mi misma familia. Vos que creéis mi amor una locura, echad una mirada en torno mio... ¿creéis que yo pueda amar á alguno de los que me rodean? Por todas partes no veo mas que ambiciosos que codician mi trono. En vez de contar como debía con el cariño y apoyo de mis hermanos, jamás encuentro en ellos mas que desden ó odio. ¿Qué me pedis pues? ¿mi vida quizás?... Hé aquí lo que satisfaria vuestra ambicion; pero no: decid á mis hermanos Carlos y Juan, los mas turbulentos de todos, que nunca les sacrificaré mi existencia. Yo los observo con atencion... sus pasos me son conocidos... ¡que den uno mas y la fortaleza de Orby-Hus les servirá de tumba!

—¡Cain! murmuró en voz baja la princesa, haciendo un movimiento para alejarse.

—Un instante aun, repuso Erico deteniéndola.

Y luego con voz mas dulce:

—Hermana mia, añadió, sería imposible hacerme olvidar lo que debo á Catalina, ahogar en mi corazon los tiernos sentimientos que me ha inspirado. En este instante ¡y de mí! quizá la infortunada sucumbe á influjos de crueles heridas... Hermana, separaos de la impía liga formada por mi familia; unios á mí, á mis proyectos, á mi felicidad...

—¿Y qué tendré que hacer para eso, señor?

—Ayudadme á mostrar mi reconocimiento á Catalina, admitiéndola en el número de vuestras damas.

—¡Yo! ¡yo tener á mi lado esa despreciable criatura!

—Y si os dijese que yo lo mando, princesa, ¿qué hariais? ¿me desobedecierais?

Isabel guardó silencio, y una horrible sonrisa de júbilo contrajo imperceptiblemente sus labios.

—No es obligaros mi intencion, continuó el rey; puede que Catalina muera, y en ese caso con lágrimas la pago; pero si por el contrario los socorros del arte la devolviesen la vida, sed bastante sabia, bastante buena para acceder á mis deseos. Ya no os lo mando, os lo ruego; ¿me desairareis?

—Hermano mio, dijo Isabel con voz mas dulce, vuestras razones me han convencido al fin. El amor es una locura que debe perdonarse á los reyes, y el mejor medio de curarlos es ponerles sin cesar á la vista el objeto amado. Dícese que esta fiebre pasa muy pronto á los hombres, y espero que con la vuestra sucederá lo mismo. Esta es la causa que me determina á complaceros. Será admitida sin dificultad entre mis damas vuestra jóven sueca, y yo me encargo de inculcarla, si es posible, maneras y costumbres distinguidas para que no tenga de qué abochornarse.

—Yo os lo agradezco, Isabel. Por esta complacencia que sabré recompensaros, os declararais amiga mia... no lo olvidaré jamas.

El ministro Person se hizo anunciar en aquel momento.

—Adios, señor, dijo la princesa saludando al rey.

Y al entrar en su habitacion murmuraba:

—Cuando la tenga á mi lado estaré al menos segura de que no se nos escapará.

Y sus ojos centelleaban con feroz alegría.

(Continuará.)

LA PRIMERA CANA.

PERSONAJES.

FERNANDO DE LUSSAC (cuarenta y cinco años).
CLOTILDE, SU MUJER (treinta y cinco años).

(La escena pasa en París.)

El aposento de Clotilde, elegantemente adornado.—Dos puertas, una á la derecha y otra en el fondo.—Una chimenea con buena lumbre y una lámpara encendida.—Ventana á la izquierda.—Es la una de la madrugada.—Clotilde, en traje de baile, entra por la derecha.—M. de Lussac está fuera con un candelero en la mano como disponiéndose á subir al piso principal; sobre el vestido de baile lleva un paletó con el cuello alzado.

Escena Primera.

CLOTILDE, entrando.

Buenas noches; hasta mañana.

FERNANDO, fuera.

Hasta mañana. (Mirando por la puerta que ha quedado entreabierta.) ¡Oh, qué hermosa lumbre tiene Vd.!

CLOTILDE.

Y bien la necesito, porque estoy helada.

FERNANDO, siempre desde fuera.

Lo mismo digo.

CLOTILDE.

Pero ¿Vd. tendrá lumbre en su cuarto?

FERNANDO.

No, porque tengo la necia manía de llevarme la llave de mi cuarto... pero pronto se enciende; no tardaré en...

CLOTILDE, interrumpiéndole.

Si quiere V. calentarse aquí, puede Vd. entrar con confianza.

FERNANDO, en el umbral.

Muchas gracias... ¡diablo!

CLOTILDE.

¿Cómo diablos?

FERNANDO.

No quiero comprometerla á Vd.

CLOTILDE.

Está muy bien; pero en ese caso, haga Vd. el favor de cerrar esa puerta, porque aunque me gusta la conversacion, no por eso quiero constiparme.

FERNANDO.

Ya que Vd. lo permite, vamos adelante. (Entra.)

CLOTILDE.

¿Pero, y la puerta?

FERNANDO.

¡Ah! se me olvidaba. (Cierra la puerta, deja el candelero y el sombrero, y se coloca de espaldas á la lumbre.)

CLOTILDE, quitándose sus alhajas, y señalándole un sillón.

¿No quiere Vd. sentarse?

FERNANDO.

No... no... gracias; no quiero instalarme aquí; quiero únicamente calentarme un poco, antes de ir á mi cuarto.

CLOTILDE, se apoya con los brazos cruzados en el respaldo de un sillón, enfrente de su marido.

¿Por qué se lleva Vd. siempre la llave de su cuarto? ¿qué misterio hay en eso?

FERNANDO.

¡Oh! es una costumbre muy añeja... cuyo origen no deja de ser chusco... ¿se acuerda Vd. de Miguel?

CLOTILDE.

¿Miguel?

FERNANDO.

Sí, aquel criado que yo tuve antes de casarnos; mil veces debió Vd. verle en casa de su madre de Vd. cuando yo le hacía á Vd. la corte.

CLOTILDE.

Es singular cómo pierdo la memoria... hasta las cosas mas interesantes se me olvidan... pero en fin, ese Miguel ¿qué hizo?

FERNANDO, un poco cortado por el aire irónico de su muger.

Yo tenia en él una confianza ilimitada... Cuando salía dejaba todas las llaves puestas en los muebles... Una noche justamente habia dicho á Miguel que encendiera lumbre en mi cuarto para las dos de la mañana, cuando no sé por qué casualidad entré á las diez... Debo decir que en aquel tiempo tenia yo una pipa de Alemania que solia fumar de cuando en cuando en memoria del amigo que me la dió... Staubach... aquel jóven de Dresde... y después por hacer honor al rico tabaco turco que Daussy... me habia traído de Smirna... ya sabe Vd. Daussy... En una palabra, llego de repente á las diez... un olorcillo oriental que siento en las escaleras me pone alerta... entro despacito hasta la puerta de mi cuarto que estaba entornada, y... ¿qué veo?...

CLOTILDE.

Staubach estaba allí...

FERNANDO.

No era eso.

CLOTILDE.

¡Daussy!

FERNANDO, con un poco de impaciencia.

Tampoco. Era el bruto de Miguel que se entretenia en leer mis cartas fumando en mi pipa.

CLOTILDE, con frialdad.

¿Qué horror! ¿Y eso no le dió á Vd. ideas de suicidio?

FERNANDO.

No; pero tomé en horror á Miguel y á la pipa.—Y ahora la dejo á V. dándole muchas gracias por sus bondades. (Vuelve á tomar su candelero.)

CLOTILDE.

¿Ya se calentó Vd.?

FERNANDO.

No por cierto; pero si es verdad que lo que digo la interesa á Vd. mucho, por otra parte se ve tan claro en su actitud de Vd. que estoy incomodando, que para no ser molesto debo retirarme.

CLOTILDE.

¡Cómo! ¿Dice Vd. eso porque estoy de pié? Ya estoy sentada. (Se arroja en un sillón.) Quédate Vd. un momento todavía, aunque no sea mas que para que no hablen los criados.—¿Y cómo ha encontrado Vd. el baile?... A propósito, ¿cuántos años tiene Vd.? broma aparte.

FERNANDO.

Cuarenta y cuatro. ¿Por qué?

CLOTILDE.

Porque mi amiga Enriqueta me lo ha preguntado esta noche con mucho empeño, y he tenido el sentimiento de no poder decírselo.

FERNANDO.

¿Y qué le interesa eso á ella?

CLOTILDE.

Ahí está el asunto... Yo me estaba quejando de mi jaqueca en medio de aquel calor que hacia, cuando Enriqueta me preguntó: «¿Y por qué no te vas?» A lo que respondí señalándole á Vd. con el dedo. Enriqueta se quedó sorprendida y me dijo: «¿Cómo! ¿A tu marido le gusta el baile todavía?» Entonces me preguntó la edad de Vd., y ahí está mi historia, que puede correr parejas con la de Miguel, ni mas ni menos.

FERNANDO.

En efecto; pero en lo que toca á la bella Enriqueta, cuando se ha nacido el día de la batalla de Waterloo no se debería hablar de edad, y cuando se tiene una boca como la suya, no se debería hablar de nada.—En cuanto á mi edad, voy á tener cuarenta y cinco años dentro de muy poco; soy tan viejo como Matusalen, no lo ignoro, y por eso me quedo estupefacto (se baja el cuello de su paletó) cuando recibo como esta noche una declaracion á quema-ropa... y una declaracion que no admite duda.

CLOTILDE, con indiferencia.

¿Qué cosas les suceden á los hombres!

FERNANDO.

Pues eso me ha sucedido.

CLOTILDE.

Ya se ve; ¡es Vd. tan guapo!

FERNANDO.

No es que sea guapo...

CLOTILDE.

Sí, eso es.

FERNANDO.

No; soy feo, y no lo ignoro; soy hasta contrahecho; pero, ¿qué quiere Vd.? Hay personas en el mundo que tienen gustos misteriosos. En fin, básteme hacer constar el hecho sin meterme á explicarle... Ea, ea, me marcho. (Vuelve á tomar su candelero y se dirige hacia la puerta.)

CLOTILDE.

Vamos... parece que hoy era la noche de las delaraciones.

FERNANDO, deteniéndose.

¿Cómo!

CLOTILDE.

No digo eso para detenerle á Vd.; hago constar el caso.

FERNANDO.

¿Cree Vd. que me da una gran noticia? ¿Acaso no he visto por mis propios ojos que esta noche á las once y media le han dado á Vd. una carta?

CLOTILDE, levantándose vivamente.

Caballero, eso es mentira.

FERNANDO.

Entendámonos, no ha sido una carta precisamente; pero M. de Vardés la pidió á Vd. un vals; Vd. le arrojó el librito de memorias diciéndole que se inscribiese él mismo, y se inscribió... tardó un poquito... y después le devolvió á Vd. el libro de memorias... (sonriendo) ¿No?... Enséñeme Vd. el tarjetero.

CLOTILDE.

No.

FERNANDO, riendo.

No le enseñe usted, pero lo mismo da.

CLOTILDE, presentando el tarjetero,

Aquí está.

FERNANDO, friamente.

Vamos; no nos hagamos los valientes, Clotilde; no quiero verlo, y ahora mejor que nunca puede Vd. conocer que no carezco de palabra ni de resolución; hasta creo dar una prueba de que soy dueño de mí como hay pocos; pero hay límites á los que no se debe empujar á un hombre.

CLOTILDE, le mira lentamente, y despues habla, volviéndose á sentar.

Y aun cuando ese señor hubiera abusado de mi imprudencia, para escribir cualquiera tontería, ¿sería yo responsable de ello?

FERNANDO.

¡Ah! No es mas que una tontería! Me felicito de librar tan bien; va Vd. á decir que soy un grosero, un materialista; pero se me puso en la cabeza que se trataba de una cita.

CLOTILDE.

¿Y para esta noche?

FERNANDO.

Quizás.

CLOTILDE.

¿Y aquí mismo?

FERNANDO.

Aquí ó en otra parte (con ironía). ¿No tiene Vd. un jardín debajo del balcon, y en el jardín una puertecilla falsa? No se le habrá escapado esta circunstancia á M. de Vardes, joven tan previsora como intrépido, y en todo caso hay ejemplos en los fastos militares de plazas fuertes que cayeron en manos del enemigo á causa de un papelillo grande como una hoja de ese librito de memorias... ¡Oh! debo advertirle á usted que el encojerse de hombros y el alzar los ojos como implorando al techo en favor de su inocencia de Vd. y de mi barbarie, son síntomas á que los viejos dan el valor que se merecen...

CLOTILDE, vivamente.

Y yo debo advertir á Vd. que esa ironía, ese tono desdenoso, esa fatuidad y esa indiferencia con que Vd. recompensa mi hospitalidad, son medios poco á propósito para reconquistar un corazón un poco duro, y que semejantes provocaciones son mas propias para acabar de perder á una mujer que para salvarla.

FERNANDO.

Yo no pretendo salvar á nadie, hija mia... no se enfade Vd., y no rompa Vd. por eso su abanico... Me retiro bajo mi tienda; pero seamos justos; las primeras provocaciones no han salido de mi boca. Sin hablar de mi aventura de Miguel, que se ha divertido Vd. en hacérmela contar de un modo disparatado, desde que he entrado aquí, cada sílaba que ha pronunciado Vd. estaba armada en guerra... y eso cuando he venido como el viejo Nestor con un ramo de olivo en la mano y la boca llena de palabras de paz... ¿qué digo? de amistad... Sí, y de buena fé, pues traía intenciones de darle á Vd. un consejo, un consejo de amigo que vale lo que pesa de oro.

(Continuará.)

AL CISNE DE PLATA.

(Continuacion.)

—¡Demonio! ¿estas segura de lo que afirmas?

—¡Ah! Demasiado. Hans, que acaba de llegar del bosque, ha encontrado hace dos horas á un caballero, vestido exactamente como su señoría: sin duda se ha ido antes de levantarnos nosotros.

—¡De modo que nos vemos burlados y escarnecidos! ¡Y todo porque mi digna esposa se ha extasiado con las esteroides del apuesto galán! ¡Dios mio! ¡Si se habrá llevado algo! añadió el hostelero con inquietud y apresurándose á subir para reconocer si todos los efectos de la habitación se hallaban intactos.

Y como todo lo encontró arreglado, el buen Kellermann consideró el negocio con mas sangre fria.

—En fin, dijo, aunque es poco satisfactorio haber preparado un almuerzo para ese quidam, que nos da tan solemne chasco, podemos consolarnos con la idea de que no nos ha sucedido otra cosa peor, porque de todos modos solo nos ha incomodado ocupando el cuarto una noche.

Pero Gertrudis no miró aquel asunto con tanta filosofía, y derramó amargas lágrimas. Había hecho tantos castillos en el aire, respecto al ataviado huésped; estaba tan persuadida de que era hijo de un rey, y de que su marido podía haber llegado á ser título, sus hijos Juan y Olrico, opulentos herederos y su Gertrudis, tan parecida á ella, una gran señora en miniatura, que no podía resolverse á abandonar tan lisonjeras ilusiones para pasar de ellas á la tristísima realidad. Comenzó por consiguiente á deplorar la mala suerte de los pobres posaderos, cuyos afanes destruía de un solo golpe el primer adventizo.

—¿Y quién te manda ver elefantes donde solo hay pulgas y equivocarse á un ladrón con un príncipe ó con un conde? la dijo Kellermann.

—¡Ah! El imaginar que hemos perdido la esperanza de pasearnos en coche y de ser algo en el mundo, murmuró la inconsolable Gertrudis, es una cosa verdaderamente horrible.

—¿Qué quieres, muger? Es necesario que seamos razonables. La dorada carroza y los estados de ese príncipe, que Dios guarde lejos de nosotros, solo han existido en tu desgraciada mollera. Así, pues, no vuelvas á llorar y haz cuenta

que todo ha sido un sueño. Otro dia nos desquitaremos tal vez de este pícaro contratiempo.

Pero ni los ruegos ni los consuelos de Kellermann conseguían calmar el vivísimo dolor de Gertrudis, hasta que, cruzando por su mente una idea repentina, exclamó de pronto:

—Apuesto á que ha dejado arriba alguna bolsa: quiero cerciorarme por mí misma, pues es imposible que un caballero de tan noble porte haya querido engañar á dos pobres diablitos como nosotros.

Gertrudis voló al cuarto que había ocupado el huésped, y con ojos de lince registró todos los rincones, sin encontrar en ninguno lo que con tanta fé y con tanta ansiedad buscaba. Lo único que en la habitación revelaba que el huésped había dormido en ella era su gorro verde de seda, que Gertrudis halló entre las ropas de la cama, á fuerza de revolverlas.

—Buen botín, por cierto, dijo con desprecio y enseñando el gorro á Kellermann, que había acudido para tener el gusto de informarse del resultado de aquella requisita.

—¡Já! ¡já! exclamó Gaspar: he ahí la verdadera economía, estrictamente entendida, como diría el abogado Wirrwarr, cuando se encuentra entre dos vinos: nuestro huésped ha pasado aquí una sola noche y nos paga con su único gorro de dormir.

Gertrudis no pudo menos de acompañar á Kellermann en sus estrepitosas señales de alegría. Después, como muger arreglada, guardó en sitio seguro el gorro de seda verde, figurándose con razon que podría servir para su marido cuando este necesitase otro nuevo.

CAPITULO III.

Por espacio de muchos dias procuró saber Gertrudis, valiéndose de Hans, mozo de labranza, groon y criado universal de la posada, si el forastero del gorro verde había vuelto á aparecer en las cercanías, pues no podía desear el pensamiento de su regreso al Cisne de Plata. También durante muchos dias convirtieron ambos esposos la prudencia en desconfianza respecto á los viajeros que se detenían en su hostería; pero este sentimiento, que no era en ellos natural, fué debilitándose gradualmente, y al cabo de algun tiempo se borró de su imaginación el ilustre huésped del chasco, mientras su gorro permanecía asimismo olvidado en el fondo de un armario, donde yacía confundido con otros muchos objetos.

Precisamente hacia seis meses que aquel percance había turbado el curso regular y pacífico de los dias que disfrutaban nuestros propietarios del Cisne de Plata, cuando cierto compadre, jovial si los hay, y redondo como una bola, se presentó en el patio de la posada, caballero en un hermoso jumento de pelo fino y brillante, y tan bien conservado, que bien podía decirse que era digno de su ginete. Apeóse este no sin algun trabajo, y con el auxilio del mozo Hans, entró en la hostería, y dando un golpecito familiar á maese Gaspar en el hombro, le dijo:

—Quiero la mejor cena posible y la botella del mas esquisito vino de tu bodega.

Gaspar se levantó al punto, y empezó sus preparativos, haciendo observar á su muger, por medio de una ojeada significativa, que aquel viajero era de la clase que á él acomodaba tratar bien y que por lo mismo era preciso poner pies en pared para darle gusto. Pero Gertrudis no estaba de humor de hacer prodigios por tan prosaico huésped y su repugnancia por darse prisa á contentarle era visible. No le agradaba la fisonomía del recién llegado, pues, segun creía, nada bueno revelaban sus miradas, y por último estaba segura de que aquel hombre embullaría en su estómago dos veces mayor cantidad de manjares que otro cualquiera.

—Te garantizo que efectivamente obrará como imaginas, la dijo con júbilo maese Gaspar, y que beberá en proporción. No pertenece á la especie cativa y miserable de aquel adorado caballero, que solo se mantenía del aire, como el camaleon.

Esta salida de pié de banco recordó á Gertrudis la ya casi olvidada aventura del príncipe del gorro verde, y para desquitarse de la mortificación que sufría repuso, que el hombre-bola en cuestion comería y bebería indudablemente doble ración que otro; pero que esta circunstancia no aseguraba que su bolsillo anduviese tan al corriente como su estómago, por lo cual era de temer que pagase poco, en caso de que llegase á pagar. Pero Gaspar era hombre muy confiado y de una pasta inmejorable; había visto además que su rechoncho huésped había dado una moneda de plata al mozo que le había servido al apearse de su jumento, y como era el lógico mas exacto de todos los hostereros nacidos y por nacer, deducía sencillamente que no perdería el tiempo en agasajarle y complacerle. Así pues, puso á contribucion todo el establecimiento, desde la bodega hasta el tejado, y dispuso una cena que bien merecía ser presentada en la mesa del mismo capítulo de Colonia.

El huésped comió y bebió á pedir de boca y hasta que mas no pudo; de modo que después de haber reducido á la nada cuantos manjares le sirvieron, y de haber apurado la quinta botella de un vino de treinta años, se manifestó tan satisfecho, que fué necesario llevarlo en brazos ajenos hasta la cama, que se le habia dispuesto. Maese Gaspar lo tendió en ella sin el menor cumplimiento, y para mayor seguridad lo dejó cerrado con llave.

Ocupada en fregar los platos vacíos que iban llegando á la cocina, había observado Gertrudis con una especie de asombro el enorme apetito del redondo viajero, y se mostró muy poco contenta cuando fué Gaspar á poner en su conocimiento el número de botellas que el insaciable Heliogábalo había puesto fuera de combate. Creyó pues que debia decir á su muy amado esposo lo siguiente:

—Mi único anhelo es que, después de habernos dado malísimos malos ratos, después de haber pasado, como suele decirse, la pena negra, para satisfacer los immoderados deseos, la extraordinaria gula de ese terrible devorador, de ese carnívoro irresistible, no nos quedemos viendo visiones y con nuestro trabajo perdido y nuestras provisiones de boca consumidas. Por mi parte, desde ahora me lavo las manos, porque ya te he declarado desde el principio que no me agradaba nuestro huésped.

—Tranquilízate, amiguita mia, repuso Kellermann, pues ese amable antropófago necesita ser mas astuto y hazañero

que el mismo demonio, si consigue hallar medio de cabalgar en su lucido jumento sin mi permiso. En primer lugar, el hombre-bola quedá á buen recaudo en su cuarto y despide unos ronquidos capaces de resucitar á un muerto; en segundo lugar, hé aquí la llave de la cuadra, donde yace y descansa tranquilamente el burro, y cuya puerta he tenido especial cuidado de cerrar por mí mismo; y en tercer lugar, te respondo que el huésped no podrá, aunque sea brujo, salir del Cisne de Plata, porque la llave grande está bien guardada, así como la de la puerta que da al campo. No tiene mas recurso, si se empeña en huir para no saldár su cuenta de esta noche, que arrojarse por la ventana de su cuarto y romperse las piernas.

CAPITULO IV.

Hans pidió á su amo, al dia siguiente por la mañana la llave de la cuadra para ir á echar avena al pesebre del jumento del huésped-bola. Dióselo el hostelero, pero encargándole que cerrase bien la puerta, no bien concluyese su faena, como asimismo que le devolviese la llave.

Pero Hans volvió al punto lleno de zozobra y puso en conocimiento de su amo que no había en todo el ámbito de la cuadra especie alguna de animal cuadrúpedo. Al escuchar esta noticia cambió súbitamente de color el rostro de Gaspar; pero reflexionando poco después que la desaparicion que se le anunciaba era de todo punto imposible, supuesto que él mismo había asegurado la puerta, se figuró que Hans, segun su laudable costumbre, ignoraba lo que decía, y en consecuencia acudió en persona á examinar el estado de las cosas.

Llegó á la cuadra y tuvo que reconocer, á pesar suyo, que Hans tenía razon, y habiendo preguntado á este si había encontrado la puerta abierta, respondió el doméstico que estaba cerrada con dos vueltas de llave, cuando él se acercó á la cuadra para servir el desayuno al jumento.

Nunca se había visto en situacion mas perpleja el pobre hostero del Cisne de Plata. ¿De qué medios se había valido aquel maldecido jumento para escaparse? Este era para él un misterio impenetrable; por lo cual empezó á registrarlo todo, sin perdonar un solo rincón que pudiese servir de escondite á la fugitiva. Pero fuéron infructuosas sus diligencias, y así encargó á Hans que recorriese el bosque inmediato en todas direcciones, y que procurase apoderarse á todo trance del animal. Porque Gaspar decía:

—Si el dueño del jumento no ha volado con él, voy á encontrarme en un compromiso de mil diablos, pues lo menos de que puedo ser acusado es de robar las cabalgaduras de los viajeros que se hospedan en mi casa.

Durante este tiempo, Gertrudis, que había presenciado el principio de la escena entre el amo y el criado, se dirigió á la habitación del huésped y comenzó á meter un ruido infernal, capaz de causar envidia á una locomotora de nuestros tiempos. No obstante su empeño, observó que solo el eco respondía á los repetidos golpes que aplicaba á la puerta del cuarto.

—No habrá trasnochado todavía el vino, murmuró sonriéndose, y dando de nuevo sendos porrazos, aunque sin éxito alguno.

En fin, animada por tan obstinado silencio y por la ansiedad natural que sentía, aplicó la llave á la cerradura y entró en el aposento. ¡Oh sorpresa! En vez de hallar, como imaginaba, el cuerpo del incansable bebedor sepultado entre los colchones de la cama, solo vió en ellos la señal de su maciza mole en la misma postura en que la noche anterior la habíala dejado su marido y Hans, sin que nada indicase que persona alguna hubiese pasado la noche en aquel cuarto, á escepcion de un gorro viejo de dormir de color encarnado, que yacía sobre la almohada.

—Toma, toma Gaspar, gritó apostrofando á su marido, á quien divisó al pié de la escalera cuando volvía de la cuadra; toma, querido, pues aquí tienes amplia compensacion de tu magnífica cena, de tus cinco botellas de vino de treinta años, de una noche de estancia y de la avena que ayer diste al jumento por añadidura.

Diciendo así mostraba el gorro viejo á guisa de trofeo; pero Kellermann, que no estaba para fiestas y que bramaba de coraje al recordar que había sido engañado dos veces, cojió la prenda con que su muger se vengaba de sus necios cálculos y la arrojó hácia atrás con tanta violencia por encima del hombro, que rompió un marco de cristales que se hallaba á sus espaldas, yendo á caer el gorro en el patio y produciendo, al dar en las piedras, un ruido sonoro.

—¡Demonio!... ¡Gertrudis!... ¿No has oido? Eso parece plata. ¿Por qué no me has dicho que había algo dentro de ese pícaro gorro? Tu chanza de mal género nos cuesta cuatro cristales. Pero en fin... El dinero es dinero, bien se encuentre en una bolsa, bien en un gorro encarnado. Voy pues á recoger tu alhaja y veremos lo que contiene.

—Te equivocas, amigo mio, repuso Gertrudis; el ruido ha sido de los cristales y no de otra cosa, pues te aseguro que nada había en el gorro cuando me lo arrancaste de las manos.

—Te digo, muger, que he oido sonar á plata.

—Y yo á cristal roto.

—No me convences.

—Ni tú á mí.

—¡Porfiada!

—¡Testarudo!

Aquí quedó interrumpido el diálogo, porque Gaspar fué á cojer el gorro, dentro del cual encontró cinco monedas de plata.

—Aquí tenemos para indemnizarnos y poner cristales nuevos, dijo el hostero contando la suma en la palma de la mano de su estupefacto consorte; ya ves que nuestro huésped-globo no era tan mala paga como creías.

—Te juro, insistió Gertrudis, que ese dinero no estaba en el gorro hace un rato, pues de lo contrario hubiera caído al suelo, porque debes recordar que yo lo tenía agarrado por la borla... de este modo... que tú me lo has cojido furioso, y que lo has tirado... así.

Gertrudis unió la acción á las palabras, y de nuevo cayó el gorro al suelo, produciendo el mismo sonido argentino que tanto agradaba á los oídos de ambos esposos.

—¡Oh! Esto es verdaderamente extraordinario, exclamó Gaspar sacando de aquella especie de bolsa otras cinco piezas de plata. ¿Será posible que hayamos encontrado una mina?

—Déjame hacer otra prueba, repuso la hostalera.

Repetióse el experimento de nuevo, y de nuevo se vió también coronado por el éxito mas completo. Halagó muchísimo el juego á ambos esposos, y no tardó Gaspar en conocer que sus bolsillos estaban llenos de dinero. Entonces se arrojó á los brazos de su muger diciendo que su fortuna estaba asegurada, y que sin auxilio de ningún apuesto caballero podrían en breve pavonearse en una magnífica carroza de seis caballos.

—¿Y quién dice que el primer gorro no será tal vez de la misma especie que este?

Al punto corrió á buscarlo, y Gaspar lo tiró por encima del hombro izquierdo, y después por encima del derecho, pero sin resultado alguno. Quedó por lo tanto decidido que no era mas que un gorro sencillo é improductivo, y por segundo fué relegado al cajón de fruslerías sin uso, con todas las señales del mas profundo desprecio.

—Lástima es que este otro solo produzca plata, observó Kellermann, en quien empezaba á desarrollarse con asombrosa rapidez el órgano de la avaricia, porque será preciso que trascorra mucho tiempo antes que podamos realizar una suma respetable.

Satisfechos, no obstante, ambos esposos de su buena suerte, convinieron en convidar á sus amigos para el siguiente día á un opíparo banquete, y á fin de que pudiese trabajar sin levantar mano para llenar su caja, resolvieron no admitir á los viajeros que se presentasen, so pretexto de que la posada estaba llena. Gaspar, por consiguiente, se encerró en su cuarto para dar principio á la tarea, porque era ya punto decidido entre nuestros alegres esposos que no permitirían que Hans ni otro alguno llegase á sospechar el manantial de sus grandes riquezas, pues sin esta precaución era muy fácil que llegase á desaparecer de sus manos el preciosísimo gorro.

Gertrudis, por su parte, después de haber llenado su bolsa, como nunca lo habia estado, dió orden de poner el caballo á la carreta y se dirigió al mercado mas inmediato.

—Pronto me arrellanaré como una reina en una carroza de seis caballos, decía entre dientes al sentarse desdenosamente en la carreta. Dime, Hans, ¿no te gustará convertirte en cochero de un gran señor?

—Señora ama, ya veo que os quereis burlar de mí, replicó cándidamente el mozo.

—Que quiera ó no quiera burlarme, el hecho es que, si llegamos á ser ricos, ¿por qué no hemos de tener nuestra gran carroza como otros muchos, libras con galones de oro, un cochero, lacayos y criados inferiores?

Hans, inmóvil de asombro, casi se inclinaba á creer

que la buena hostalera no tenia cables todos sus sentidos. Aventuróse, no obstante, á observar que, antes de que la suerte deparase tan felicisimos resultados, seria indispensable que el *Cisne de Plata* diese acogida á parroquianos mas rumbosos que el de la noche anterior. Pero Gertrudis meneó la cabeza manifestándose indignada por tan ofensiva insinuacion, lo cual impuso inmediatamente silencio á su respetuoso doméstico. Hans no habia llegado al término de las sorpresas, y aun le quedó la tarea de admirarse de las grandes compras que hacia su señora, así como del tono protector con que trataba al buen pueblo, sin acordarse de que veinticuatro horas antes en nada se diferenciaba del último de sus individuos.

—Cualquiera diria, pensó Hans, que ha nacido gran señora, segun la importancia que se da.

Todos encontraron efectivamente aquella mañana muy cambiada á la señora Gertrudis; pero como al mismo tiempo compraba muchos efectos sin regatear, miraron á tan buena parroquiana con una especie de falso respeto, que contuvo la expresion de disgusto esparcida en el mercado en vista de la dureza con que á todos trataba y que no estaban acostumbrados á sufrir de su parte. Sin embargo, como por via de compensacion, no bien volvía los talones, cuando las gentes cuchicheaban entre sí, soltando consecuencias parecidas á esta: «sin duda el *Cisne de Plata* hace muy buen negocio, si es cierto que la prosperidad echa á perder el carácter de las personas.»

Cuando la carreta se llenó de pavos, de pollos, de mil especies de aves y de cuanto componia la extraordinaria compra de Gertrudis, aquella totalidad-monstruo formó una masa gigantesca tan prodigiosa, que el pobre Hans no pudo encontrar sitio para sentarse, viéndose obligado á caminar al lado del caballo, en tanto que su ama se henchía de vanidad, tan enhiesta como Artaban, en medio de aquel ejército de vituallas. Pero dice el salmista que *el orgullo es un gran pecado; que aquel que se eleva demasiado sobre los demás, se verá*

justamente abatido. Esto mismo fué lo que aconteció, pues á pesar de los increíbles esfuerzos de Hans para guiar al caballo entre el Dédalo de callejuelas y revueltas del mercado, la enorme mole se halló en contacto con el puesto de un carnicero, y bamboleó á derecha é izquierda, dejando escapar de su seno muchas provisiones, de las que iba imprudentemente repleto.

Una inmensa carcajada estalló del centro de los espectadores de aquella escena, y fué repitiéndose al aspecto de la señora Gertrudis, que en otro tiempo hubiera sido la primera

—¿Y vos, señora, por qué no os ayudais á vos misma? contestó burlescamente el mas osado de los pilluelos: en ello darais un ejemplo muy saludable.

—Tengo el mayor placer en saludaros, señora Kellermann, añadió uno de los ociosos del mercado: ese es el mundo entero y verdadero, y con esas provisiones puede abastecerse para un año el *Cisne de plata*. Estoy seguro de que sacareis gran partido de ellas, con tal que no se echen á perder antes

—Basta de necedades, charlatan, le respondió Gertrudis con una rabia siempre en aumento: eres en efecto autoridad reconocida, siempre que se hable de cisnes, y sobre todo de avestruces. Has de saber que estas provisiones no aguardan parroquianos, supuesto que estan destinadas á festejar á varios amigos, que comerán mañana con nosotros.

—¿A varios amigos! ¿Y dónde pueden tenerlos tan horrible bruja? observó un quidán de la multitud.

—Aquí, Hans, aquí, gritó Gertrudis, y abandónalo todo: toma dinero y compra lo necesario en reemplazo de lo que falta. Por lo que hace á los que me han robado mi hacienda, la justicia los pondrá, y les aseguro que no dejaré de vengarme por falta de fondos. Si, añadió sacando una bolsa repleta, aquí hay bastante para pagar los honorarios del abogado Wirtwarr.

Esta arenga, pronunciada con tono firme y resuelto, produjo el efecto de alegrar los oídos de todas las vendedoras del mercado, así como el de hacer que huyesen todos los impertinentes pilluelos, quienes no dejaban de temer á la señora justicia, con la cual se les amenazaba.

Hans volvió con nuevas provisiones, aunque se vió precisado á satisfacer por ellas doble precio, lo cual advirtió á su ama, que le contestó:

—Poco importa; volvámonos á casa. El criado no sabia qué pensar, y tampoco osaba dar á conocer su asombro.

De vez en cuando dirigia furtivas miradas á la carreta, próxima á zozobrar, y se preguntaba cómo era que sus amos, por lo regular tan económicos, compraban tantas provisiones de boca con el único objeto de festejar á sus amigos, precisamente cuando no habia por medio boda ni bautizo alguno. Inútil nos parece asegurar que cuando Hans llegó al *Cisne de Plata*, no habia resuelto aun este problema.

Luego que el contenido de la carreta quedó debida y convenientemente colocado en la despensa y en la cocina, mandó Gertrudis á Hans que montase á caballo y fuese á convidar al abogado Wirtwarr, al bailío, al doctor, al hacendado Miguel y su familia, así como á otros amigos, para que fuesen á comer al día siguiente á la hostalera.

—Y sobre todo, nada les digas, añadió astutamente, aunque sin prever que Hans, aunque acumulaba muchos cargos en el *Cisne de Plata*, no habia sido llamado todavía á llenar las funciones de ministro de Hacienda.

—Basta, señora ama, contestó Hans; os entiendo perfectamente.

La hostalera fué en seguida á ver cómo se las componia su marido con el gorro encarnado, y lo encontró sentado y medio muerto por sus incansables esfuerzos, aunque tambien rodeado de una masa de plata sumamente respetable. El buen hombre confesó á su esposa que estaba tan molido como si hubiese estado seis horas seguidas dando de palos al amo del gorro verde.

A fin de no perder tiempo, la señora Gertrudis se apoderó del encarnado con el objeto de fabricar algunos escudos; pero lo cojió con la mano izquierda arrojándolo hácia la derecha. Kellermann se echó á reír por la torpeza de su muger; pero al levantar el gorro del suelo vió con la mayor sorpresa y con indecible júbilo que contenia tres monedas de oro.

—¿Qué imbécil he sido, exclamó, en perder toda la mañana fabricando piezas de plata! ¡Ah! Si me hubiera ocurrido arrojar el gorro por encima del hombro derecho, me veria rodeado ahora de un monton de oro.

Y aunque su brazo se resentia del ímprobo trabajo á que se habia entregado, se puso de nuevo á la obra.

—Dime, Gertrudis, preguntó á su muger, ¿en qué sitio hemos de guardar todo este dinero? Ahora quisiera no haber fabricado tanto, porque es mas difícil de ocultar que el oro. Después de una discusion bastante larga, resolvieron ambos esposos enterrarlo en el jardín, á fin de desocupar los muchos cajones que habian ya llenado, supuesto que el Pacto dirigia su corriente hácia el *Cisne de Plata*. Aquella misma noche abrió Gaspar un grande hoyo en el jardín, y con el auxilio de su muger ocultó en él toda la plata que habia fabricado aquella mañana.

(Continuará.)



El Cisne de Plata.

en saltar de la carreta para recoger los efectos de su propiedad; pero figurándose ya en sus adentros demasiado gran señora para obrar así, permanecia en la carreta sin moverse, derecha como un huso, aunque revelando en su semblante el profundo disgusto que aquel contratiempo la causaba. Como sucede siempre en semejantes casos, algunas buenas almas se apresuraron á ayudar á Hans; otras por el contrario se contentaron con regocijarse en vista del desastre. En cuanto al pobre Hans, no sabia verdaderamente adonde acudir: los pes-

ados rodaban hasta parar en un arroyo, y se consideraban felices por haber encontrado su elemento, por fangoso que fuese; un enorme dogo se abria paso al mismo tiempo, sujetando entre sus dientes un soberbio jamon, mientras un enjambre de pilluelos se arrojaba intrépidamente sobre la fruta que rodaba en todas direcciones.

—¿No podriais ayudar á ese mozo, dijo Gertrudis con desentonado acento á los mirones, en vez de estar ahí con la boca abierta como unos imbéciles?



El Cisne de Plata.